

LIBRO II

VIAJE DESDE NEW YORK,
vía Misuri
AL NORTE DE MEXICO;
PERMANENCIA EN CHIHUAHUA,
y
REGRESO A TRAVES DE TEXAS

CAPITULO I

Objetos del viaje — Comercio con Chihuahua — De Nueva York a la frontera de Misuri — Viaje en ferrocarril y paisajes vistos entre Nueva York y el lago Erie — Cincinnati — Sobre el Ohio, el Misisipí y el Misuri — Filósofos occidentales — El peligro de los vapores — La ciudad de Wayne — Independence.

En la primavera de 1852 hice amistad con Mr. Samuel Kaufmann, de la casa mercantil Mayer and Co., que comerciaba con Chihuahua . Este señor me invitó a acompañarle en uno de los viajes que la casa hacía de Misuri a Chihuahua. El remoto interior del continente norteamericano, que todavía transitan los indios, es aún hoy tan inseguro e inhóspito que no se puede viajar por él si no es en grupos; y quien no tenga los medios para equipar una expedición tiene que incorporarse a una caravana. Se me presentó pues la oportunidad de hacer el viaje con gente de mi agrado, y me sumé al grupo. Nuestra caravana, que saldría de Independence, sobre el Misuri, consistía de dieciocho o veinte vagones entoldados, tirado cada uno por diez mulas, con el número necesario de remudas, mayoresales, muleros, etc. La caravana iba bajo el mando de Mr. Mayer, segundo jefe de la casa comercial.

El Estado de Chihuahua, el más alejado en México de todo puerto marítimo, por mucho tiempo ha recibido la mayor parte de la mercancía cuyo comercio se hace por la ruta interior de Estados Unidos, por el llamado Camino de Santa Fé. Al primer vistazo que se eche al mapa la distancia a recorrer parece apenas imaginable; pero esto se explicará por sí solo cuando se conozcan las circunstancias concurrentes. La extraordinaria facilidad del transporte por ferrocarril, canales y vapores en los ríos estadounidenses desde Nueva York hasta el río Misuri, las facilidades naturales que ofrecen los caminos a través de las praderas situadas al oeste de ese río, lo barato que resulta viajar por tierra en ese país, en donde el forraje de las bestias de tiro cuesta poco o nada; el espíritu emprendedor de sus gentes, la habilidad con que manejan los medios de transporte, y por último la venta de mercaderías en la frontera y el intercambio con los indios, son incentivos que desde cierto tiempo para acá han hecho que se prefiera esta ruta a la del transporte que se hace a lomo de mulas —aunque es seis veces más

larga que la distancia que va de Chihuahua al más cercano puerto mexicano— por los dificultosos desfiladeros de las montañas de México. En los últimos años, sin embargo, las relaciones comerciales han sufrido un cambio. Los norteamericanos han comenzado a preferir el camino mucho más corto del viaje por Texas a la ruta de Misuri, debido a que el rápido avance de la colonización del oeste de Texas permite a los comerciantes obtener aquí animales de tiro y provisiones para el viaje al norte de México; y el gobierno mexicano, bajo el régimen de Santa Ana, al aumentar los derechos de importación y de aplicarlos cumplidamente en la frontera con Estados Unidos —mientras que por otro lado fomenta las importaciones a través de sus puertos marítimos— permite que la mercancía llevada a Chihuahua desde el sur por la ruta interior del país se venda a precios más bajos que la llevada a El Paso a través de la frontera, sea por Misuri o por Texas. Pero por el tiempo a que mi narración se refiere, este cambio no se había efectuado todavía, y la caravana en la que yo viajé seguía prefiriendo la más larga de todas las rutas. La mercancía enviada por tren y vapor a Misuri fue cargada en los vagones en Wayne City (cerca de Independence), y de allí llevada a Nuevo México, para después transportarla por el río Grande a El Paso, donde cruzó la frontera, y luego a la ciudad de Chihuahua. El Paso era entonces el único lugar de la frontera de Chihuahua por donde se podía entrar. El Presidio del Norte, aguas abajo del río Grande, es ahora otro lugar como aquél, y el camino a través de Texas es por eso el preferido hoy en día.

Estas expediciones mercantiles a través del interior del continente llevan implícito muchos peligros para la vida y la propiedad, lo cual requiere valor personal y estoicismo para poder soportar las fatigas y privaciones. Extraña encontrar judíos alemanes tomando parte prominente en este comercio y que demuestren un valor temerario rara vez concedido a su raza.

En compañía de Mr. Mayer salí de Nueva York el 16 de Junio por la mañana. A bordo de un transbordador llegamos por el río Norte a Jersey City, en donde tomamos el tren para Dunkerke, en el lago Erie. El ferrocarril está construido de la manera intrépida y audaz que es peculiar a los norteamericanos. Rodamos sobre rieles tendidos al borde de escarpados precipicios, sobre rocas salidizas, y a través de tierras montañosas. La atmósfera pesada, y el vaivén y traqueteo de los vagones, más el polvo y el calor, hacían el viaje sumamente fatigoso. El paisaje, en cambio, era interesante; por cierta distancia la línea férrea corre sobre considerable altura a lo largo de una serranía que a trechos dejaba ver valles boscosos por la izquierda y la derecha. Del río Delaware al lago Erie el panorama es a cada paso más bello: el tren rueda por entre lindas colinas arboladas. Los bosques abundantes en el Delaware dejan de verse y dan lugar a diferentes clases de árboles, quedando sólo uno que otro abeto o pino blanco entre robles, arces, algarrobos y algunos otros árboles frondosos. En las praderas y claros levántanse casas nuevas, aisladas o en grupos, con señales ya para comenzar a trazar las calles de futuras ciudades. Por dondequiera aparecen manifestaciones de la riqueza natural del país y del dinamismo

e industria de sus pobladores. Recorrimos de noche el último trecho de esta vía, y nos embarcamos en Dunkerke, en el lago Erie, con destino a Cleveland.

La noche en el lago fue tranquila y agradablemente fresca. En la mañana bordeamos la playa que es pareja y boscosa, pero con muchos claros. De cuando en vez aparecía una solitaria casa. La mayoría de las granjas de estos lados están adentro, de modo que no se pueden ver desde el lago. En las primeras horas de la mañana llegamos a Cleveland. Está la ciudad excelentemente situada en la alta ribera del lago Erie, pero no se nos permitió quedarnos un solo rato allí. Apenas desembarcados del vapor tomamos el tren; en pocos minutos perdimos de vista la ciudad y entramos sin parar en los bosques del Estado de Ohio.

Aquí puede el viajero admirar en pleno la belleza de los paisajes de los montes norteamericanos. Los interminables macizos de árboles son como brochazos de diferentes formas y colores, y entre ellos se destacan los esbeltos olmos de espeso follaje verde-claro.

Un accidente me privó de ver aunque hubiera sido sólo de pasada gran parte del Estado de Ohio. Entre La Grange y Wellington, poco antes de nuestra llegada, habían chocado dos trenes. El desastre era una muestra evidente del temerario exceso de velocidad: un inmenso amontonamiento de ripios de vagones destrozados. No supe si hubo pérdidas de vida, y los pasajeros de nuestro tren no hablaban de otra cosa que no fuera del retraso causado por el percance; ésta parecía ser su única preocupación. Era imposible esperar a que despejaran la vía, así que empezamos a caminar en dirección a Wellington, no muy lejos por suerte, para esperar allí al tren de Cincinnati que nos llevaría a esa ciudad. En el interín nos cayó un mundo de agua. Los tres o cuatrocientos pasajeros que éramos nos apiñamos en un salón estrecho —el único refugio que había por allí— hasta las ocho de la noche. El resto del camino lo hicimos de noche, y bajo el torrencial aguacero llegamos a Cincinnati al amanecer.

En esa ciudad tuvimos que permanecer cuatro días. Cosas de negocios relacionadas con nuestro viaje, y también porque Mr. Mayer iba a casarse allí. En Estados Unidos esta ceremonia, con todos sus preparativos, puede efectuarse en media hora, pues dedicarle todo un día se considera pérdida de tiempo. Pero la novia, que viajaría con su marido hasta Chihuahua, pidió una luna de miel de pocos días, que le fue concedida. Esto me dio la oportunidad de ver la ciudad y sus contornos. Desde la loma a cuyo pie descansa Cincinnati se la ve perfectamente, así como también se ve el valle de Ohio. La campiña que rodea a Cincinnati es vasta, y los árboles corpulentos y frondosos le dan carácter sureño. Los altos olmos del otro lado del Ohio dan a la ciudad de Covington un aire muy aristocrático. Por este lado Cincinnati se dispersa por entre todos los pequeños valles o desfíladeros de las colinas que cercan el valle principal; mientras que al mismo tiempo la ciudad se alarga hasta las cumbres de algunas alturas. Las de este lado son más altas que las del lado de Kentucky; y, si bien las últimas

son boscosas, pringues de árboles aparecen en las primeras sobre una especie de césped, o alrededor de las casas desde las cuales se recrea la vista en el paisaje. Estas colinas parecen ser formadas por empujados, y los viñedos dan a la ciudad cierto tono europeo, lo cual distingue a Cincinnati de las demás ciudades americanas.

El 23 por la tarde salimos de Cincinnati. La lluvia nos obligó a meternos en el camarote del vapor en que zarparamos para Louisville. Al anochecer salí un momento a cubierta. El barco, como todos los vapores del oeste, era uno de esos grandes y elegantes inmuebles, pero de endeble construcción, que con el trepidar de la máquina y el movimiento de las olas retemblaba en toda su estructura. Los tablonces de cubierta se hundían a mi paso, y, en fin, el maderamen entero obedecía al ritmo del oleaje del río. Parecía que todo aquello iba a irse a pique de un momento a otro. Temprano de la mañana siguiente arribamos a Louisville, y al otro día nos embarcamos con destino a San Luis. Era el 25 de Junio, y tal vez no deje de tener cierto interés si digo que por la mañana nos desayunamos en el salón ante un fuego de crepitante leña en el hogar. Los rayos del sol quemaban, pero el aire era frío en la sombra.

Todo el día fue de pasar a la orilla de cerros boscosos. Estratos horizontales de piedra caliza dejábanse ver por aquí y por allá. En las vueltas del río aparecían lindos tendidos en las bajuras de sus riberas. De rato en rato pasábamos algún pueblito en germen, con sólo unas cuantas casas, o bien una solitaria vivienda con su huerto cultivado. Las riberas eran por lo general boscosas. Robles y olmos, con uno que otro pino, eran los árboles más comunes. A la mañana siguiente vimos praderas en las orillas con manchas de álamos, y colinas allá en el fondo, aguas abajo de la boca del Tenesí. En el río Ohio no vi otros animales que una garza gris muy grande, unos cuantos gallinazos y muchísimas gaviotas blancas y pequeñas. Al anochecer llegamos a Cairo, y entramos en aguas del Misisipí.

Me interesé en la conversación que sostenían dos de mis compañeros de viaje. Tratábase de un granjero de Kentucky y un predicador metodista de Indiana. Todo comenzó con el tema de los vapores, para luego pasar al de las máquinas voladoras. Esto llevó al granjero —un astuto hombrecillo calvo en la coronilla y rizos blancos detrás de las orejas— a hablar del vuelo de los ángeles, y los espíritus. El predicador dijo haber oído algo del invento de una máquina impulsada “por electricidad, como el vuelo de un águila”.

—¿Qué piensa usted, señor, del espíritu del hombre cuando muere?” —preguntó el granjero. “¿Cree usted que podrá moverse con extraordinaria velocidad de un lugar a otro?”

—“Desde luego que sí”, respondió el predicador.

—“Bien”, siguió diciendo el granjero, “pero en cuanto a los ángeles hay una cosa que no puedo comprender, y quiero que usted me dé su opinión.

La inmigración, por sobre todo, está destinada a ser la salvación de la América Central; y a este respecto es de importancia capital refutar los propagados prejuicios referentes al clima tropical, y especialmente al de la América Central.

Es verdad que hay algunas zonas insalubres en la costa centroamericana; Colón, Panamá, e Isabal, están entre ellas. Pero Nueva Orleans, Mobile y Charleston, junto con todo el litoral texano, son por lo menos igualmente perniciosos para la salud y la vida; aunque en todos esos lugares existe aún la esclavitud, hay ciertos trabajos que realizan los blancos, principalmente inmigrantes irlandeses y alemanes, trabajos que son allí tan extenuantes y peligrosos como muchos de los que hacen los esclavos negros. Millares de emigrantes europeos llegan año con año a Nueva Orleans y a la costa de Texas, y no hay la más mínima razón para que estos mismos no puedan, con igual grado de seguridad, establecerse en los peores lugares de la América Central. Esos peores lugares, sin embargo, pueden soslayarse; ninguno de los nombrados arriba queda en donde el emigrante pudiera hallar alicientes para establecerse. San Juan del Norte, Bluefields, Puerto Cortés y Belice son los puertos por donde entrarían. Todos éstos son lugares salubres. Por otra parte, los emigrantes no tendrían por qué quedarse en la costa, sino que pasarían directamente al interior, donde encontrarían un clima mejor que el de cualquier lugar de Estados Unidos.

Los prejuicios predominantes contra el clima tropical, difundidos intencionadamente desde tiempos atrás por los celos del sistema colonial, han sido resucitados y sostenidos en época reciente por la extraña coincidencia de intereses opuestos. Los defensores de la esclavitud aseguran (y los que han aprendido a apreciar la vida de molicie que llevan en los países tropicales los europeos ricos dirán que es muy cierto) aseguran, digo, que el hombre blanco no puede trabajar en países de clima cálido. Añádase a esto que algunos órganos de publicidad de Estados Unidos opuestos a la extensión de la esclavitud y a la anexión de territorios en donde podría ser ésta introducida, no sólo concuerdan en difamar el clima de las latitudes tropicales, sino que hasta exceden en ello a sus antagonistas. Puede que su intención sea honesta, pero jamás será sensato apoyar una buena causa argumentando falsedades.

Los hechos siguientes, poco conocidos en Europa, contribuirán a hacer luz respecto a la cuestión de la mano de obra blanca en zonas cuyo clima se juzga fatal para esa raza.

En Nueva Orleans el mercado de legumbres lo abastecen en gran parte los horticultores alemanes. Ellos son dueños del mayor número de hortalizas de las inmediaciones de la ciudad, como son los pueblos de Lafayette, Algiers, Half-Way House y Carrollton, y no tienen esclavos. Los jornaleros que les trabajan son tan alemanes como ellos mismos.

En ciertos condados del oeste de Texas, en donde los alemanes son la mayoría, ellos siembran y cosechan sus propios algodones. Y allí, bajo

un sol tan tórrido como el de Honduras, a corta distancia de la costa en donde la fiebre amarilla hace estragos, he visto a ex-oficiales militares, profesores, científicos, abogados, o de profesiones similares en Alemania —algunos de los cuales han sido propietarios ricos acostumbrados al confort y las delicias de una refinada vida europea— los he visto, repito, caminar detrás del arado; y nunca les oí decir que esa ni ninguna otra ocupación así de rústica fuese dañina a la salud en un clima caluroso.

En un viaje por Georgia y Alabama, hice amistad con un rico agricultor de Luisiana. En nuestras conversaciones tocamos el punto de la esclavitud y del trabajo libre, y sus respectivas ventajas. Y me dijo: “Alabama tiene grandes recursos en riqueza mineral, pero el Estado debe explotarla con gente completamente diferente. Toda mi vida he sido dueño de esclavos, pero ahora he abierto los ojos”. “Cree usted entonces”, le pregunté, “que el clima de las Carolinas, de Georgia, de Alabama y de Luisiana, no perjudicaría la salud del hombre blanco si éste reemplazara a los negros?” “¡Claro que no!”, fue su inmediata respuesta. “En esos estados hay lugares muy insalubres que son igualmente fatales para los negros. He tenido alemanes empleados en trabajos de pasarse todo el día bajo el más ardiente sol, y me he dado cuenta de que lo han aguantado tan bien como los negros. Es tontería eso de la incapacidad del hombre blanco para trabajos de labranza en clima cálido”.

Igual opinión he escuchado de otros agricultores. Pudiera alegarse que en estos casos la cosa ha ocurrido en países de meses fuertemente caniculares, pero que no tienen las otras características tropicales. Y esto es cierto. Pero las zonas coníferas de Honduras y Guatemala tienen aún menos de las llamadas características tropicales, y son más saludables en muchos respectos.

Si el hombre blanco no puede hacer el trabajo rudo de jornalero en clima caliente como en uno templado, debe tenerse presente que no es forzoso que lo haga, pues en países en donde el clima impide en cierto grado el trabajo del campo, no es necesario que llegue a la extenuación, ya que así le rendiría menos y le resultaría menos productivo.

Ahora bien, hablando de la inmigración europea a la América Central, no puede recomendarse esa región a agricultores carentes de dinero, y creemos de nuestro deber dar este consejo, ya que son muchos los europeos que encontrándose sin empleo se arriesgan a venir como jornaleros a la América Central, país en donde no hace falta la mano de obra, ya que allí abundan gentes sin empleo deseosas de trabajar en el campo; son activos y tienen muchas buenas cualidades, además de que, bien dirigidos, rinden muy satisfactoriamente. Lo que ellos no quieren es ser reclutados para el servicio militar, no quieren saber nada de guerras civiles; quieren trabajar de manera concienzuda, que se les mande con buenas maneras, sin la arrogancia ni el despotismo con que ingleses y americanos suelen tratar al subalterno; exigen trato bondadoso y honrado. Esto último es esencial. Los patronos de aquellas latitudes pocas veces pagan a sus empleados en dinero

las ramas de un olmo de la falda quedó colgado el cuerpo del capitán del barco. En ese accidente perdieron la vida centenares de personas. Si aquí tuvieran la costumbre —como se hace en México para recordar un crimen— de erigir monumentos conmemorativos en donde ha ocurrido un accidente de esa clase, hubiéramos visto uno sobre los restos hundidos del vapor.

El Misurí hace aquí una gran curva en un impetuoso raudal muy difícil de navegar. La corriente, por el lado de su orilla convexa, se detiene ante el obstáculo de grandes bancos de arena; mientras que por el lado de su orilla cóncava se estrecha tanto a causa de árboles que hay sumergidos allí, que es algo endiablado timonear el barco entre ellos. A pocas millas de la boca del río Fishing, aguas abajo de Sibley, que antes se llamó Fuerté Osage, chocamos contra uno de esos árboles, y una de las ruedas laterales del vapor se incrustó en el gancho de una rama. El vapor crujió y se fue de lado; el agua entró por el piso inferior y apagó la caldera. Cajas, barriles y muchos muebles que eran parte del cargamento que llevaba cayeron al agua desde el primero, segundo y tercer piso, y se fueron río abajo junto con la leña del vapor. El barco pudo al fin salir del brete, pero malherido siguió escorado aguas abajo con el peligro de volver a meterse entre otras ramas y partirse en dos. Logramos, no obstante, llegar a la orilla y allí paramos. En momentos que el vapor se ladeaba servían la cena. Las mesas se ladearon también y al suelo fueron a dar platos, tazas, escudillas y picheles, así como todas las ricuras que íbamos a comer. Resultado: que tuvimos que esperar hasta las once de la noche para la nueva comida. La serenidad de los americanos —las mujeres incluso— en tales circunstancias es ejemplar. El evidente peligro en que nos vimos no interrumpió la conversación animada de las mujeres que se encontraban reunidas en la popa del barco. Tras seis horas de trabajo el barco pudo continuar su viaje bajo la luz de la luna, pero tuvimos que abrírnos paso a lo largo de cuatro o cinco millas de una ruta peligrosa, hasta que al fin entramos en aguas seguras. Era la una de la mañana.

A la mañana siguiente, bajo un cielo claro, sopló tan fuerte viento del oeste que le fue difícil al vapor navegar contra la corriente, y casi se detuvo. Sin embargo, a mediodía desembarcamos en Weyne City.

En el río la brisa fue siempre fresca; en tierra, en cambio, el calor fue sofocante, cosa corriente en este lugar. Por la noche llegó de Independence una diligencia que nos condujo a la primera etapa de nuestro viaje. Del río se sube a lo alto de un cerro empinado por un camino muy malo, pero de allí a la ciudad la carretera es tolerable. De ese punto al de mi destino final tenía frente a mí la friolera de mil quinientas millas de camino.

CAPITULO II

Estadía en Independence — Pueblo de frontera de Misuri — Caravanas de trajinantes y emigrantes — Medios de transporte — Metodistas norteros y sureños — Creencias de los negros — Censura e indulgencia — Una curiosidad religiosa — Puntos de vista históricos y políticos — Asesinato político — Preparativos para la partida — Allende los límites de la civilización.

Independence es una ciudad pequeña, con esa peculiaridad de los pueblos fronterizos que son centros de carretaje. A diez o doce millas de allí, sobre el Camino de Santa Fé, estaban las últimas granjas agrícolas, ya al final de la pradera, y a pocos días de viaje sobre el camino que conduce a Oregón se bifurca el que lleva a Nuevo México y Chihuahua. Rodean a la ciudad talleres de carpinteros de vagones entoldados; son patios grandes repletos de vehículos nuevos pintados de rojo unos, y de verde o azul otros, y su negocio es suplir de lo necesario a las caravanas de emigrantes y negociantes que parten de ésta y de algunas otras estaciones en el Misuri para Nuevo México, Utah, California y Oregón. En ciertas épocas del año el intercambio comercial con esos lejanos lugares anima grandemente a esta pequeña ciudad. En la primavera pasada el número de emigrantes a California congregados allí fue muy grande, y eran tantos que al decir de algunos el lugar parecía una feria, y eso que muchos de los emigrantes acamparon fuera de la ciudad. La época propicia para la salida de las caravanas estaba muy avanzada, y de tal modo así que ya no se podía pasar el lago Salado antes del invierno. Sin embargo, algunos de los emigrantes que habían planeado pasar el invierno con los mormones, tenían todavía tiempo, y la comunicación con Santa Fé y México no se paraliza completamente ni aún en el invierno, si bien el viaje a través de las praderas en esa época es siempre peligroso y agotador. Antes sólo Independence se beneficiaba de esta comunicación a través de las praderas, pero cuando yo pasé por allí, Westport, doce millas aguas arriba del Misuri, le disputaba el monopolio. Y más arriba aún estaba Fort Leavenworth, Weston, St. Joseph y Council Bluffs, lugares todos de punto de partida. Además de esos, los mormones tienen Kaneshville, frente a St. Joseph, de donde sus caravanas suelen partir para Nueva Jerusalén, en el lago Salado. Lo que es ahora no se puede decir cuántos cambios han ocurrido desde

entonces. De la vasta región situada al oeste de Misurí, que en aquel entonces era todavía propiedad de los indios, se han formado los dos territorios de Nebraska y Kansas, y muchas ciudades han surgido en los últimos años. Toda la primera parte de mi viaje la hice pasando por lo que hoy es Kansas, territorio que se ha hecho famoso en la historia de los partidarios y adversarios de la esclavitud.

Y henos aquí ahora en una de esas ciudades que, situada en los límites de un desierto, bien puede compararse a un puerto; y tal vez todavía, a despecho de los nuevos establecimientos de Kansas, Independence conserve ese carácter. Del camello se dice que es el barco del desierto; pero hasta que los camellos llevados últimamente a Texas por el Gobierno de Estados Unidos no sean lo suficientemente numerosos para desempeñar un papel similar en el Nuevo Mundo, los vagones entoldados del oeste seguirán llamándose los barcos de las praderas. Y es que los vagones tirados por mulas están en la misma relación con los que son tirados por bueyes, que el vapor lo está con el barco de vela. Antes aquí se prefería a los bueyes como animales de tiro para cruzar las praderas, pero ahora las mulas están reemplazándolos gradualmente. Los troncos de mulas son más rápidos que las yuntas de bueyes, y la mula además aguanta mejor el calor y la sed. Sin embargo, la mula cuesta tres veces más que el buey, y en los territorios de pieles rojas su propiedad constituye un riesgo mucho mayor. Rara vez los indios roban bueyes; el robo de mulas, en cambio, se considera entre ellos una hazaña heroica y honorable. La gran demanda de bestias de tiro (mulas y caballos) para las caravanas que se dirigen al oeste, ha estimulado grandemente su crianza en el Estado de Misurí. Las mulas criadas allí son de bella estampa, de gran tamaño y fuerza, y aunque en vivacidad y resistencia son inferiores a las mulitas mexicanas, encuentran fácilmente compradores en el mismo México, en donde se las prefiere principalmente para troncos de carruajes. A eso se debe que las caravanas de trajinantes que pasan entre la frontera de Misurí y el norte de México vuelvan con sólo una parte de ellas. De California, Oregón y Utah son raros los animales de tiro que regresan al Este; parte de ellos muere en el camino —bueyes en mucha mayor proporción que mulas— lo cual en parte obedece a que los primeros tienen mucha menor resistencia, y en parte también a que como cuestan menos no se les trata con el mismo cuidado. A todo esto se debe que las caravanas que cruzan las praderas den ocasión al trato de compra y venta de bestias, fuera del ganado que se exporta a California y Oregón.

Me quedé en Independence del 5 de Julio al 17 de Agosto. Allí se detuvo nuestra caravana en espera de la mercadería que debía llegarnos de Nueva York y a causa del tiempo que gastamos en la compra de mulas. Durante mi permanencia allí presencié el trato brutal que a veces dan a los animales de tiro. Tal vez sea esto natural, porque la verdad es que en ninguna parte del mundo se distinguen los carreteros por su gentileza, y muchos menos en esta clase de transporte, en que su trabajo es casi igual al de las bestias. Hasta entonces yo creía haber visto en Nicaragua las

mayores crueldades con los pobres bueyes, pero las escenas que presencié en Independence sobrepasan en mucho a los chuzasos que pegan los carreteros nicaragüenses a sus bueyes aun viéndolos bañados en sangre. Frente a la casa en donde me hospedaba, un buey, uno de las ocho yuntas que eran, cayó extenuado después de un viaje de cuatro millas por un pésimo camino desde el Misurí, y, a pesar de apalearlo, de patearlo, y de aplicarle otros medios de tortura similares, el pobre animal no lograba ponerse en pie, pues el yugo le tenía el pescuezo retorcido. Los hombres le enroscaron entonces la cola tirándole de ella con tanta fuerza que casi se la arrancan. ¡Todo en vano! Luego, para que se levantara, se le montaron en la nariz que tenía hundida en el suelo, y casi ahorcándose pataleaba desesperadamente, resoplando y tapiándose de polvo las narices. Cuando vieron que todo era inútil recurrieron a un medio más inhumano todavía: bajo la nariz le pusieron un poco de pólvora y la hicieron estallar. El efecto fue mágico, pero repercutió en su compañero de yunta que comenzó a dar tremendos corcovos pateando al buey caído y retorciéndole aún más el pescuezo hasta casi desnucarlo. No fue sino hasta después de haberle infligido semejantes tormentos que lo desenyugaron y le echaron un balde de agua fría. El buey se levantó con dificultad sobre sus temblorosas patas, y tan pronto como pudo se lanzó hecho una fiera sobre el más cercano de sus verdugos que, sientiendo decirlo, logró escapar. Dejaron al buey y al día siguiente murió.

Independence, junto con sus alrededores, tenía entonces cuatro mil habitantes y siete iglesias. Había allí metodistas norteños y sureños. Los primeros apelaban a la autoridad de la Biblia en contra de la esclavitud, y los segundos en favor. Los metodistas norteños no admiten en su seno a nadie que tenga esclavos; pero la verdad es que los esclavos son de los sureños solamente. “Es voluntad de Dios que los negros sean esclavos”, le oí decir a un negro predicador en los días que estuve allí; “debemos conformarnos; pero en un mundo futuro seremos blancos y libres”. Un alemán a quien conocí en esa ciudad me dijo que los negros tienen la creencia de que los que se condenan de ellos se convierten en monos, pero que si ya siéndolo se portan bien, se les premia volviéndolos a su condición de negros, y si se siguen portando bien hasta pueden llegar a alcanzar la gloria y hacerse ángeles, con alas y todo. No podría decir si el clero cristiano les ha inculcado esa idea, pero casi estoy por creerlo. Tampoco me atrevo a decir qué posición puede tener hoy en Misurí una secta que excluye de su iglesia a los dueños de esclavos. Oí hablar mucho en Independence de la estricta disciplina que los metodistas observan en cuestiones de moral, y de costumbres también. A una joven que bailó en sábado se la expulsó de su iglesia, y se amonestó a un joven por haber asistido a una función de circo. Pero es un hecho interesante —de acuerdo con lo que se dice— que la iglesia concede licencia para pecar, es decir que permite una separación temporal de la comunidad, la que aprovechan los que quieren gozar de los placeres mundanos. Esto es evidentemente análogo a las indulgencias que concede la Iglesia Católica Romana, y es una prueba interesante, desde un punto de vista histórico, que quien pretende imponer principios sumamente severos tiene que ser condescendiente.

Y ya que trato de religión quiero hablar de un libro singular que en Independence cayó en mis manos, y que leí a falta de otro. Contiene las confesiones, opiniones religiosas y justificaciones de un Mr. Warder Cresson, de Filadelfia, quien primero fue cuáquero, después "shaker" (secta religiosa) luego "millerite" (otra también), y por último viajó en peregrinaje a Jerusalén en donde se convirtió al judaísmo. A su regreso sus familiares tomaron medidas para declararlo legalmente loco y recluirlo en un manicomio. Pero Mr. Cresson entabló pleito judicial y lo ganó. El aspecto característico de la mentalidad de este hombre es una mezcla del más delirante fanatismo con el materialismo más prosaico. Insiste el autor del libro en interpretar al pie de la letra todo el Viejo Testamento. El pasaje aquel de: "Benditos sean los que van por el camino de Jerusalén", es, según él, una orden de dejar a su familia y todos sus bienes materiales en Filadelfia, y marchar a Jerusalén por la ruta más corta. Y aconseja a todo mundo que haga lo mismo, y, para quienes quieran seguir su consejo, da al final del libro, la siguiente información logística: "De Filadelfia a Jerusalén 21 días y cuarto: en primera clase, 190 dólares y 75 centavos; en segunda, 135 dólares y 50 centavos".²¹ El reino de Dios, conforme a la interpretación de Mr. Cresson, comenzaría en 1854, y todo aquel que fuere digno de él recibirá en Jerusalén la parte de su herencia; y parece que el temor de recibir, por lerdo, menos que otros, fue la principal razón que tuvo para apurar su viaje allá. Rasgo éste que revela claramente el carácter práctico de las ideas que este extraño hombre tuvo para abrazar el judaísmo.

En Independence hice amistad con un hombre que no es, en cierto, modo, menos singular que Mr. Warder Cresson. Se trata de Mr., quien a pesar de ser conocido en el Estado de Misuri por sus excentricidades, tiene una posición respetable, y también —para ser un norteamericano— las más extravagantes ideas. Cree él que "la civilización americana es la más antigua de la humanidad", y se lamenta de que todavía no lo sepa el mundo. Esta cultura, lo reconoce, se ha degenerado en la propia América; pero en China se encuentra aún en su estado más puro. De ahí que la salvación debe llegar a la América desde la China, y para esto hay que introducir la "Constitución china", es decir, "la democracia patriarcal del Celeste Imperio". La vida política de Estados Unidos, "por fuerza de la influencia europea", está completamente desmoralizada, y la constitución china es la única que contiene los principios capaces de regenerar al país. Tal es la razón por la cual una línea férrea al Pacífico tiene grandísima importancia, ya que por ella llegaría el comercio chino a todo el continente norteamericano. Este comercio introduciría la civilización china. Todo lo que se dice en contra de China, afirma él, son puras calumnias, exactamente iguales a las que en Europa circulan acerca de Estados Unidos. Mr. pertenece a la clase de americanos malcontentos, en cuyo carácter se mezcla una desmedida proporción de engrimiento nacional

²¹ "La llave de David. David es el verdadero Mesías, etc. etc. Y razones para hacerse judío; con una revisión del último juicio por insania en contra del autor". Por Warder Cresson. Filadelfia, 5,612.

y una insatisfacción general por el estado de cosas en Estados Unidos. Esta clase de gente no es rara, y pertenece a los mejores elementos de los llamados "no sé nada".²² Estos tipos, con su falso nacionalismo americano, son el reverso de la medalla de aquellos nuestros teutonistas de largos cabellos. "Nosotros los alemanes", decían, "somos la crema del mundo; es verdad que actualmente no la estamos pasando bien, pero nuestros antepasados, ¡esos sí que eran hombres!" Por su parte, los "no sé nada", dicen: "Nosotros los americanos somos lo mejor del mundo. Hoy por hoy, es la verdad, la estamos pasando muy mal, pero nuestros descendientes ¡esos sí que forjarán un gran pueblo!" Pero como los hijos de Arminius, orgullosos de su tradición, sabían que el pasado no vale nada si no tiene futuro, por tal razón mediante ejercicios atléticos se prepararon para este futuro; de manera que los hijos del Tío Sam, orgullosos de su futuro, opinan que el porvenir, sin pasado, no vale nada, y es por eso que tratan de fundar hoy una cultura americana sobre el indianismo. "Queremos el prestigio de la antigüedad", me dijo Mr.; ¡pero ya lo tenemos! Y si no, mire los montículos de los indios en nuestro Oeste!" Fue basado en esta mentalidad americana —la cual no es por cierto privilegio exclusivo de Estados Unidos, pues que también prevalece en los países hispanoamericanos— que el astuto fundador de la secta mormona dio a los indios americanos un papel tan prominente en la historia sagrada que inventó. Es un esfuerzo, histórico y mental, como ya se ha hecho en el orden político, para emanciparse de Europa; y piensan que lo lograrán repudiando su origen físico y cultural. Igual hicieron los mexicanos cuando se independizaron de España, haciéndose llamar "hijos de Montezuma". ¡Cuántos pueblos habrá que en los albores de la humanidad se falsificaron de igual manera!

Por fin, en la primera semana de Agosto se cargaron los vagones en Weyne City, y tirados por yuntas de bueyes alquilados entraron en la pradera, en donde nuestras mulas, al cuidado de mozos mexicanos, habían estado pastando. El 17 de Agosto, en compañía de Mr. Mayer y de su esposa, me fui tras de la caravana, que cuando le dimos alcance ya había pasado la frontera del Estado de Misuri, y entramos en la espaciosa región que todavía pertenecía a los indios del Oeste de Estados Unidos, pero que actualmente está abierta a la colonización de los blancos bajo el nombre de territorio de Kansas.

²² Partido secreto político que tuvo su apogeo entre 1853 y 1856. Tenía como lema negar empleo gubernamental a todo aquel que no fuese nacido en Estados Unidos, y hacía la guerra a los católicos. Estos "no sé nada" decían no tener conocimiento de las actividades de su partido; de ahí su denominación.—(N. del T.).

CAPITULO III

La caravana — Vagones, carga y cosas necesarias para el viaje —
El jefe y sus hombres — Angloamericanos y mexicanos — Hom-
bres y animales — Características de la mula — Aristócratas, ma-
trimonios dispares, advenedizos y chusma en el reino animal —
Doma y enganche de las mulas al vagón — El corral — Orden
del viaje — Vigilancia nocturna y costumbres de las caravanas
— Entretenimientos astronómicos y musicales —
Atractivos peligrosos de las soledades.

Antes de invitar al lector a acompañarme en la larga travesía de Misuri a Chihuahua, trataré de darle una idea general de cómo se prepara y organiza una caravana para el viaje a través de las inmensidades agrestes del oeste del continente americano.

Los vagones, o carretas entoldadas del Lejano Oeste, llevan de cinco a seis mil libras de peso, y, si van tiradas por mulas, se les enganchan cinco troncos, como fue en nuestro caso. Un solo hombre las guía, sea montado en una de ellas que va ensillada, o caminando a la par. En lugares difíciles el guía, o sea el mayoral del vagón, le ayuda a sus colegas en apuros, y a veces hasta se dobla el número de troncos agregándolos a los del vagón atollado o que no puede subir un cerro. Ocasiones hay en que ocho o diez hombres tienen también que arrimar el hombro. Cuando eso ocurre la caravana no puede avanzar más de unas pocas millas por día, pues debe marchar siempre unida. Más adelante hablaré del caso en que veintiséis vagones perdieron dos semanas en un trecho de sólo doce millas. En otras partes, en cambio, el camino de las praderas es tan bueno que en veinticuatro horas se pueden hacer de setenta a ochenta millas, como sucede cuando la falta de agua (cosa que suele ocurrir en las praderas) obliga a forzar la marcha. De estos casos citaré oportunamente algunos.

Los vagones son todos de construcción sólida, y su durabilidad es casi increíble. Lo que más les afecta es la sequedad del aire de las zonas más altas del oeste, por lo que hay que remojar sus ruedas, cuando se puede. Sin embargo, de no ocurrir ningún accidente, un buen mayoral puede conducir su vagón indemne a través del continente. Con todo, las caravanas

llevan las más importantes piezas de repuesto del vagón y arneses de las mulas para cambiar rápidamente en un momento dado ya sea un eje, ya un collar gastado, o bien una cadena rota, etc., etc.

Llevan también buena cantidad de herraduras y toda clase de herramientas como palas y azadones, palancas, barras de hierro, hachas y hachuelas para cortar madera, y otros implementos igualmente indispensables.

De provisiones de boca llevan harina, tocino, frijoles, café y azúcar. Nunca se dan licores en estos viajes, a menos que el jefe de la caravana se conduzca de los solicitantes, cosa que ocurre sólo en muy contadas ocasiones. El coñac se toma únicamente como medicina; el café, por el contrario, es algo que nunca falta, y se reparte en grandes cantidades dos veces al día. El efecto de esta bebida es refrescante en días calurosos, y calorífero cuando hace frío o cuando llueve; es realmente algo extraordinario. Los frijoles son el alimento básico en estos viajes; constituyen la delicia de los mexicanos y de los hispanos en general. Pero todo depende de su calidad y del modo de cocinarlos. Se cuecen hasta ablandarlos; parte del agua se evapora, luego se pone al fuego una paila con una buena dosis de manteca y se le echan los frijoles —ya cocidos— con un poco de sal; se les deja freír por un rato. Nada más sabroso que ese plato para un viajero hambriento; y es alimenticio también. Jamás falta en las lujosas mesas mexicanas antes de los postres. El caldo que sueltan es, como se sabe, su parte más nutritiva; yo lo tomé varias veces sacándolo de la olla en que se cocían al regresar al campamento después de mis rondas nocturnas con hambre, frío y cansancio; era igual de reconfortante que una taza de consomé. El pan se hornea todos los días y se come caliente.

Para la mesa de la jefatura de la caravana, a la cual dichosamente yo pertenecía, había cantidades de viandas exquisitas: carnes en conserva y buenos vegetales, coliflor, espárragos, ostras y langostas, sardinas en aceite, jamones, encurtidos y frutas envasadas, té, chocolate, vinos y champán. Disfrutamos de estos lujos gracias a la presencia de una dama en la caravana; pero también cuando en ellas viaja gente adinerada se dispone de esas cosas. Las sardinas son en tales casos el plato favorito, y es tan grande su consumo en las praderas que siguiendo las latas vacías dejadas en el camino se puede ir de Independence a Santa Fé sin perderse.

La caravana debe llevar suficientes armas y municiones. Los mayores y los muleros tienen siempre a mano un rifle o un fusil, y muchos llevan también revólver. Yo llevaba un par de revólveres de seis tiros, calibre del ejército, y una escopeta de dos cañones, de manera que tenía catorce balas a mi disposición. Mr. Mayer y el mayordomo iban igualmente armados.

Lleva asimismo la caravana un almacén de ropas, zapatos, sombreros, cuchillos, tabaco y otros artículos de consumo corriente; el propietario o conductor se hace cargo de proveer a la gente de todo lo que necesiten. Al comprador se le apunta el valor de lo que pide y al final del viaje se le

descuenta de su sueldo. Los precios que se les cobran son altos, y con razón, pues muchos artículos se pierden en el camino; y puesto que durante la jornada se gasta o destroza mucho de lo que compran, lo que al hombre le queda (de su sueldo de doce o veinte dólares al mes) al final es una nada, apenas lo suficiente para divertirse y derrocharlo en pocos días, igual que los marineros de los puertos. Después vuelve a buscar trabajo ya sea para volverse con la misma caravana o solicitando enganche en otra. Y así es que vemos por los rumbos de las praderas, o en sus terminales, una población ambulante de mayores y muleros que sólo podemos compararla con la de los marineros en los puertos; de modo que por donde quiera que uno vaya, sea en Independence o Wesport o en el Misuri, en Santa Fé, en El Paso, o el río Grande, en Chihuahua en el norte de México, en San Antonio, Texas, en Los Angeles, California, o bien en la ciudad mormona de Lago Salado, volverá a ver, de cuando en cuando, a los mismos tipos, haraganeando en las calles como los lobos de mar en los muelles de los puertos.

Al jefe de la caravana se le llama mayordomo. El propietario, a menos que vaya él al mando de todo, es para el mayordomo (si va en el viaje se entiende) lo que el sobrecargo para el capitán de un barco. Este era el caso en nuestra caravana; y Mr. Mayer, aun cuando no estaba satisfecho del trabajo del mayordomo, evitaba inmiscuirse en cosas de su incumbencia. El mayordomo, por el contrario, con frecuencia trataba de echar la culpa de todo error a la decisión del propietario. Nuestro mayordomo era angloamericano; jamás en mi vida he visto otro hombre más inútil y mariquita. Aunque ya había hecho el viaje varias veces, para el final, cuando el frío de las noches era más intenso, se metía debajo de sus ocho o diez frazadas, mientras yo usaba sólo dos. Y había que llamarlo tres veces por lo menos para poderlo despertar a la hora de su ronda. Existe, sin embargo, el prejuicio generalizado de que sólo los angloamericanos pueden desempeñarse como mayordomos. Mas la verdad es que si los mozos de la caravana fuesen todos de esa raza, apenas habría mayordomo de cualquier otra nación que pudiera entenderse con ellos. Pero, si por el contrario, los mozos son mexicanos, un alemán que sepa español y entienda el trabajo de mayordomo bien puede desempeñarse como tal. En un grupo de mexicanos y angloamericanos habrá siempre discordia, y los primeros sufrirán el maltrato de los últimos, porque es difícil que un angloamericano comprenda que un hombre de tez más oscura que la suya tiene los mismos derechos que él. “¡Tíralo!”, “¡Cuélguenlo!”, “¡Dale duro!”, son exclamaciones que se oyen de parte de los anglos cuando un mexicano comete una falta por pequeña que sea; y, “Mire, yo nunca he matado a un hombre blanco”, es frase generalmente considerada por los mexicanos como limpiadora de toda sospecha desfavorable a su honor. No obstante lo cual, entre los angloamericanos que han vivido en México por largo tiempo, este prejuicio racial casi no existe, otro es el sentimiento humano en ellos. Y el primer paso para la realización de este cambio ha sido frecuentemente el tráfico carnal con las mexicanas. Y aquí tenemos patente el caso de que la moral corrompida de las ciudades fronterizas de México ha ejercido influencia humanizante, de lo cual se infiere que el mejoramiento de la naturaleza humana obedece a veces a causas muy extrañas.

Los angloamericanos son indiscutiblemente los que mejor manejan los vagones, mientras que los mexicanos pueden dar cátedra en lo del trato a las mulas. Su trabajo consiste principalmente en recogerlas para el relevo; las lazan y las llevan al mayoral, y cuidan además de que no se alejen demasiado cuando las sueltan. Los irlandeses, y algunas veces hasta los ingleses y escoceses se hacen pasar por angloamericanos; y aun los alemanes, cuando se juntan con los mexicanos, pasan por americanos, y por lo general congenian más con los mexicanos. Como mayorales de los vagones, los alemanes no son lo bastante pacientes; la rudeza del trabajo y las privaciones los vuelven irascibles, y entonces se desahogan en los animales. Los mexicanos demuestran en el peligro el valor pasivo de los fatalistas, aunque entre ellos se han dado casos de supremo heroísmo. Soportan trabajos y privaciones con casi increíble estoicismo y hasta buen humor. Muchas veces vi a los muleros tumbados sobre el lodo debajo de los vagones, remojados y con hambre, engañando al tiempo con chistes y canciones. Son en cambio crueles con los animales de tiro y de silla, porque esperan de ellos lo imposible; pero les conocen muy bien sus mañas, especialmente a las mulas, y saben cómo —con astucia y halagos— hacer que por las buenas hagan lo que los angloamericanos no consiguen ni por las malas. Cierta vez en que un angloamericano luchaba inútilmente por ponerle el bocado del freno a una mula mañosa, un mexicano me dijo exclamando compasivamente y con desprecio: “¡Estos hombres son bárbaros, no saben nada!”* Y veamos este otro caso: Una mulita muy arisca, que después llegó a ser la favorita de la caravana y a la que todo mundo llamaba “La Niña”, se oponía a dejarse domar de un kentukiano gigantesco y fortachón. Entonces Pedro, que lo había observado todo, se levantó y dijo: “Déjenme probar a mí”. Y tomando de manos del otro la sogá que la mulita tenía anudada al pescuezo, dio al animal unos minutos de reposo para que le pasara el temblor que la agitaba. Luego se le fue acercando lentamente y sin recelos, le palmó las ancas, le hizo cosquillas en el pescuezo y detrás de las orejas, y en seguida le musitó con cariño: “¡Oh, Niña, oh, mulita, mulita bonita!”* Y mientras le hablaba le echaba las riendas sobre la cabeza, y con mucho disimulo le metió el bocado del freno en la boca sin que el animal protestara. Recuerdo un incidente ocurrido con otra mula a la que un mulero mexicano daba el nombre clásico de Lais. Leandro amaba tanto a Lais como Pedro a “La Niña”. Pero un día el hombre montó en cólera inusitada contra la bestia. Temblando de rabia alzó el cabo de su látigo contra ella y le dijo: “¡Ah, si fueras mexicana!”,* y bajó el airado brazo. El mexicano no se atrevió a maltratarla porque era una mula anglosajona. Los mayorales y muleros mexicanos no son solamente superiores a los angloamericanos en paciencia, frugalidad y buen humor en horas de fatiga y privaciones, sino también en buenos modales. No blasfeman; la repetición de una mala palabra en español jamás puede compararse al vasto repertorio de blasfemias de un carretero angloamericano.

* (Así en español).

* (Así en español).

* (Así en español).

Bueno, de los carreteros y muleros pasemos ahora a las mulas, que en ciertos aspectos son mucho más interesantes que aquéllos, y cuyo temperamento natural es materia atrayente para el observador de la naturaleza. Algunas de las características más impresionantes de la mula son su aversión a los burros, y el orgullo que siente por sus relaciones con el caballo; instinto éste que topa con el igualamiento de parte del burro y la indiferencia de parte del caballo. Si por cualquier circunstancia un burro se mete entre una tropilla de mulas, lo más probable es que lo pateen sus parientes orgullosas y lo hagan salir renqueando. Al caballo no; muy al contrario, entre una manada de mulas ocupa lugar distinguido. Ellas lo rodean, y siguen sus movimientos, y hasta lo celan, pues todas se disputan el honor de estar junto a su pariente de elevada prosapia; de este instinto se saca provecho para mantener agrupada a la manada, durante el viaje o en el lugar en donde las estén apacentando. Para esto meten una yegua entre ellas con un cencerro atado al pescuezo, a la cual los mexicanos llaman "madrina". A ésta la llevan día y noche con un mecate, y así mantienen a la manada bajo control, pues nunca dejan a su reina. De esa manera es muy difícil que la manada se disperse. El hombre a quien se encarga el cuidado de la madrina tiene órdenes de que, en caso de ataque de los indios, monte rápidamente en ella y corra hacia el campamento a donde seguramente lo seguirán las mulas. Y aun cuando los indios logren separar de la manada a alguna mula, les será difícil llevársela, ya que ella tratará a cada instante volverse a juntar con sus compañeras, y así los viajeros podrán dar alcance a los ladrones y recobrar la presa. Los indios, por consiguiente, se valen de todo ardid para apoderarse de la yegua, y, cuando tienen éxito, los dueños pierden toda la manada. Si entre las mulas se encuentran varios caballos, hay peligro de que ellas se dispersen, y esta es la razón por la cual, en estos viajes, no se dejan sueltos a los caballos de silla.

Sin embargo, en una manada grande de mulas hay siempre alguna de espíritu democrático que, conciente de sus derechos individuales y de su dignidad natural, se independiza. Teníamos, por ejemplo, una mula blanca que a la hora de ser enganchada se alejaba de las demás. Cuando se lleva a las mulas del lugar en donde pastan al campamento, se les echa el lazo; pero esta mula llegaba con las otras hasta la puerta y de allí se azotaba violentamente a un lado y se alejaba corriendo hasta una media milla de distancia. Desde allí con la cabeza alzada y las orejas rígidas se quedaba mirando fijamente al campamento hasta que la caravana empezaba a moverse. Entonces volvía despacio y se juntaba a las de remuda que seguían a los vagones. Pero a veces, para probar quién era el amo allí, se mandaba a dos montados mexicanos a capturar a la fugitiva y se la enganchaba por todo el día a un vagón. No obstante, la pérdida de tiempo que esto causaba, más la fatiga a que se sometía a los caballos, no permitía hacerlo siempre. La mula rebelde se salía con las suyas, y mientras las demás trabajaban a lo animal, ella hacía su viaje de turista desde el Misuri a Chihuahua.

Un mexicano culto me contó la contraparte de esto. En un convento había seis mulas que enganchaban una cada día de la semana de trabajo. Una de ellas llegó a saber el día que le tocaba trabajar, y esa mañana se plantaba bien pegada a la puerta de la caballeriza para que no pudiera abrirla el criado que llegaba a sacarla.

Es imposible describir la escena del enganche de varios centenares de mulas chúcaras que nunca han sentido el bozal ni el freno, y mucho menos los arneses o la montura en su lomo. Primero se colocan los vagones hasta formar un círculo de tres cuartas partes, la cuarta, que queda abierta, es la entrada al corral improvisado; en los espacios entre vagón y vagón se tira una cuerda de rueda a rueda. Se hace entrar a las mulas al corral y luego se cierra la entrada atravesándole una cuerda. Dos hombres, con sendos látigos, alertas a la entrada impiden que las mulas intenten salirse, saltar sobre la cuerda, o escurrirse bajo ella. Este corral sirve también para tenerlas a buen recaudo evitando que los indios se las roben.

El lector puede ya figurarse a dos o trescientas mulas indómitas apiñadas con diez o quince hombres entre ellas, y todos revoleando la reata para lazarlas, una tras otra, enfrenarlas, y engancharlas al vagón. En una caravana de veinte a treinta vagones, este primer trabajo ocupa la mayor parte del día. Las mulas saben bien lo que es el lazo y tratan de burlarlo apetonándose primero por un lado el corral y después por otro, manteniendo siempre la cabeza hacia el centro del grupo lo más que pueden; otras hay que meten la cabeza debajo del vagón o entre una y otra rueda huyendo del lazo; y otras son más astutas todavía: se paran firmes como si resignadamente ofrecieran el pescuezo, pero la viva expresión del ojo, atento al hombre y a la soga al mismo tiempo, traiciona la triquiñuela. Revolea el hombre el lazo sobre la cabeza de la mula y lo pasa una y otra vez encima hasta que de repente ¡saz! silba en el aire con la precisión de una flecha disparada al blanco; la mula sigue inmóvil como sembrada, sólo sesga levemente la cabeza y el lazo vuela a perderse en el vacío.

Pero al fin no hay estratagema que les valga. Mientras la manada va de un lado para otro del corral, una por una acaban por sentir el nudo corredizo en el pescuezo. Y entonces empiezan a correr como locas queriendo meterse entre todas las demás, arrastrando al hombre de aquí para allá; pero en seguida acuden en su ayuda uno o dos mozos más. Los fuertes resoplidos de la mula se oyen entre el rebullicio de la escena. Al fin el hombre logra meter el lazo entre los rayos de la rueda, y tira de la mula pulgada tras pulgada hasta arrimarla de costado y le pasa varias vueltas del lazo por la panza y el lomo y por entre los rayos de la rueda. Ahora el hombre trata de meterle el bocado del freno entre los dientes, y, cuando ya parece que lo ha logrado, la mula, en un desesperado y último esfuerzo, se tira al suelo revolcándose y se libra de las vueltas del lazo con las patas; se levanta, pero con el lazo atado todavía al pescuezo desaparece en lo más tupido de la manada. Y vuelve la persecución hasta que se logra echarle otro lazo. Medio estrangulada va a parar otra vez al suelo y allí sí logran esta vez hacerle tascar el freno; ahora la embozalan echán-

dole otro nudo con la misma cuerda que llevaba al cuello. Hecho esto la sacan del corral; y comienzan los esfuerzos por engancharla al vagón. La mula vuelve a violentarse en lucha, y, tomando en cuenta que hay que hacer lo mismo con las diez mulas de cada vagón y que igual operación se realiza en diferentes partes del corral, y que son veinte o treinta los vagones, el lector puede formarse una idea del pandemónium de esa escena diaria en una caravana. Mientras tratan de engancharlas, los animales se enredan en los arneses, se echan al suelo, se patean mutuamente y se encaraman unas sobre otras; a veces se sueltan y salen de estampida con parte de los arneses a rastras; las siguen los mexicanos montados en los más veloces caballos de la caravana. La mula entonces, con todo y cadenas de las guarniciones sonándoles atrás, galopa locamente hasta que otra vez la sogla le cae encima. Y ya de vuelta en el corral recomienza el trabajo de engancharla.

Cuando por fin están listos todos los vagones, se abre el corral. Sueltas van las mulas de remuda con la yegua madrina como guía, y la caravana, todo en orden ya, sólo espera la orden de partir. Y los animales, por primera vez, sienten el tirón de las riendas y el latigazo del mayoral desde la mula de silla en que va montado.

¡Y nuevas barajustadas! Por aquí es imposible hacer que las mulas arranquen; por allá otras tratan de salir de estampida con vagón y todo. Aquí un tronco hace desesperados esfuerzos por avanzar, mientras que el otro, renuente, recula; allá el tronco que encabeza a los demás quiebra bruscamente a la redonda, arrastra tras de sí a otro tronco, y con eso amenaza romper en dos el eje. Aquí cae un animal, allá se rompe una cadena. Entre restallidos de látigos y los gritos y reniegos de los mayores, por fin un vagón sale en marcha normal y de repente parte a la carrera, se sale del camino y se mete en un cenagal o queda prensado entre los árboles. Se detiene la caravana a esperar que se remiende el arnés; hay que sacar al vagón del cenagal, y tumbar a hachazos a los árboles aquellos; y antes de terminar de hacer eso otro vagón está ya en las mismas... Y así se va pasando el día agotando a los hombres y las mulas, hasta que al anochecer comienza a formarse el otro corral, con grandes trabajos y a sólo mil yardas tal vez del último campamento. Se desenganchan las mulas para llevarlas a pastar y a beber; y los hombres, tras de encender sus fogatas, se sientan en rueda a calmar el apetito y apagar la sed.

A la mañana siguiente las cosas han mejorado un poco; algunas de las mulas se han amansado, y los hombres comienzan a conocerles sus mañas. El enganche dura tres o cuatro horas, y la caravana logra avanzar apenas unas cuantas millas. Sin embargo, cuando todo sale bien, el enganche de las mulas de unos veinte o treinta vagones puede hacerse hasta en hora y media.

Cada vagón tiene su lugar determinado en el campamento y también en el camino. Ninguno debe adelantarse a otro y el de adelante tiene que esperar a los de atrás. El peligro de ser atacados por los pieles rojas

obliga a la caravana a mantenerse unida cuanto más se pueda; por esta razón es que a veces los vagones van de dos en fondo, y también a que gran parte del Camino de Santa Fé sea de doble carrilera. Quiero dejar constancia de que los caminos de las praderas, en su mayor parte, están bien señalados, y que sería un grave error suponer que los viajes se hacen allí a tientas. De cuando en vez, es muy cierto, algún osado jefe de caravana se arriesga a descubrir una nueva ruta con miras a cortar un ángulo para llegar a tal o cual aguadero, o para evitarse el tener que subir un cerro, y en estos casos tiene que abrir su propio camino. Las huellas que en las praderas deja una caravana de vagones duran por años. Sobre ellas crece una vegetación diferente; las plantas herbáceas, por ejemplo, reemplazan al pasto, y no es raro ver que el curso seguido durante muchos años por los vagones lo señalan ahora altas hileras de girasoles prolongándose por millas y millas en las praderas.

La caravana acostumbra viajar desde temprano de la mañana hasta las once; se detiene entonces a descansar, cocinar, comer, aguar a las mulas y dejarlas pastar un rato. En la tarde reanuda la jornada. Hace campamento al anochecer, y se lleva a aguar y a pastar a los animales en la noche. Para acampar se escoge un sitio con buena yerba, pues los hay de buena y mala calidad; y también se toma en cuenta la cercanía del agua. Y por último, aunque no es lo menos importante, se prevé la seguridad contra un ataque de los indios. El mayordomo cabalga a la cabeza de la caravana con miras a chequear todo lo anotado anteriormente, y esto no deja de entrañar cierto peligro. Con frecuencia, sin embargo, se invierte el orden de la marcha: se viaja de noche y se descansa de día.

Tan pronto como se desenganchan las mulas, se colocan estratégicamente los primeros hombres que han de montar guardia esa noche, mientras los otros encienden las fogatas, preparan la comida, comen, fuman y descansan hasta que les llega su turno de montar guardia. Con ese propósito se ha dividido antes en grupos a los hombres con su respectivo jefe, y se relevan cada dos horas. Bajo la protección de estos celadores bien armados pastan los animales toda la noche. Pero poco antes de amanecer se llevan las bestias al corral, pues esa es la hora preferida de los indios para robar mulas y caballos; todo mundo se levanta entonces y da comienzo el engancho de las mulas.

Creo que no hará falta decir que el único lugar donde acostarse a dormir es el puro suelo, sobre el cual se extiende una frazada o la piel de un animal peludo; la silla de montar hace de almohada y unas cuantas frazadas calientan el cuerpo. El viajero coloca su arma —fiel compañera de cama— bajo las frazadas. Cuando la tierra está seca y no llueve ni nieva, ese lecho es bastante confortable; cuando llueve puede uno guarecerse bajo los vagones, si no se ha hecho allí un charco. El toldo de los vagones es de lona doblada en dos, tesado sobre arcos de madera, y es tan grande que se le puede bajar hasta el tubo de las ruedas; de esa suerte se dispone de techo bajo el cual, y colgados del eje, se mantienen limpios los arneses; y es también en donde suele dormir el mayoral.

Ahora, en cuanto a mí toca, se me dio una tienda de campaña en la que, junto con un compañero, dormí las primeras noches, pero como el trabajo de armarla todas las noches y desarmarla por la mañana casi siempre me tocaba a mí, y siendo que su abrigo lo consideraba innecesario, además de que los vientos fuertes la echaban por tierra, renuncié a su discutido confort. Llevábamos en la caravana dos coches que podía uno cerrarlos y convertir sus asientos en camas; yo tenía a mi disposición la mitad de uno. Así pues, viajaba a veces a caballo y a veces en el coche; pero en vez de un lecho usual yo prefería dormir en el suelo a campo raso, ya que consideraba desagradable no poder ver lo que pasaba a mi alrededor. Me echaba sobre una piel de búfalo y bajo unas pocas frazadas; pero nunca durante el viaje me quité las ropas para dormir, y en las ciento cinco noches que duró el viaje sólo tres o cuatro veces me quité las botas.

Los turnos de la noche eran la peor parte de la jornada, y sobre todo después de una marcha forzada que la falta de agua nos obligaba hacer a veces. Y ni aun el constante peligro de ser sorprendido y que me escalpara un piel roja me impidió dormirme una que otra vez durante mi turno de la noche. En la meseta de Nuevo México, a cinco o siete mil pies de altura sobre el nivel del mar, los intensos fríos de Octubre y Noviembre aumentaban las incomodidades de la vigilancia nocturna, de lo que nadie escapa en una caravana, excepto, como en el caso de Mr. Mayer, cuando a uno le acompaña la esposa. Porque en Estados Unidos se extiende al marido parte de los privilegios de que goza la mujer en estos viajes. Así pues, la posición de Mr. Mayer era envidiable, y como yo frecuentemente comparaba su suerte con la mía, se me venía a la mente sin querer durante mis turnos la tonadilla aquella de "sin descansar noche y día..." Era un jocote que me daba dentera. Además, el lento paso del tiempo en esos turnos de la noche me hacía recordar toda clase de canciones, desde aquellas de mi niñez aprendidas antes de salir de Europa a rodar mundo. Y cantaba entonces despertando el eco de la pradera que los lobos coreaban al amanecer.

Mi entretenimiento musical era contrario al reglamento, y en los lugares más peligrosos me abstenía de cantar. Allí entonces lo cambiaba por el pasatiempo de la astronomía, y llegué a calcular, con ayuda de las estrellas, la hora exacta en que terminaría mi turno, para marcharme en la obscuridad de regreso a mi campamento —distante una milla de donde estaban las mulas pastando— y me iba a través de la pradera cortando por entre los chaparrales.

En total, la vida ruda y azarosa de una travesía en esas soledades tiene muchos y grandes atractivos; es una valiosa experiencia. Y dudo al momento de escribir estas líneas que la civilización tenga nada mejor que ofrecer al espíritu. En todo caso, puedo decir que disfruté en ese viaje de muchas de las más agradables horas de mi vida, lejos de toda preocupación. Sin embargo, puede que los veteranos en estas mismas andadas pongan en guardia a sus congéneres civilizados contra estos hechizos de la vida en las praderas. Todo aquel a quien el destino haya dado la oportunidad de disfrutar de una y otra clase de vida mantendrá mientras viva su simpatía dividida entre la una y la otra.

CAPITULO IV

Salida de Independence — Linderos de la pradera — La caravana comienza su jornada — Sistema de comunicación de los pieles rojas — Indios y lobos — Incómodo alojamiento nocturno — Viaje a la luz de la luna — Soledad de la pradera — Crianza de perros y razas humanas — Observaciones geológicas — La pradera — Council Grove — Yerba-loca — Arroyos de la pradera — Paisajes — Rebaños y caza de búfalos — Las marmotas y sus madrigueras — Su camaradería con las lechuzas y las cascabeles — Ardillas californianas — Observaciones meteorológicas.

Dije ya que salí de Independence el 17 de Agosto en compañía de Mr. Mayer y de su esposa en pos de la caravana. En pocas horas dejamos atrás bosques y tierras cultivadas, con los últimos indicios de la civilización, y entramos en la vasta pradera que se despliega de allí hacia el oeste sobre la parte más extensa del continente americano, llegando en algunos lugares —con pocas interrupciones— a las costas del Pacífico.

Para dar una idea clara de estas tierras debe observarse que, del valle del Misurí para arriba, la pradera está en la parte alta, mientras los bosques que cubren las laderas la limitan separándola en donde la parte más elevada comienza a formar una sola planicie, y, siguiendo unos pequeños valles y cañadas precipitosas, se extienden en llanuras dispersas. Desde los linderos de la pradera se ve por todos lados la vegetación de las tierras bajas.

Las granjas de estas tierras son muy bonitas. Los campos cubiertos de maizales y trigales evidencian la fertilidad del suelo. Los prados, regados por corrientes de agua, rebosan de pasto verde, y los botones escarlata de las asclepias, las blancas enoteras, y los dorados girasoles pintan de vivos colores el horizonte.

Acampamos de noche y alcanzamos la caravana a la mañana siguiente, continuando juntos todo el día. Un cielo brillante iluminaba la lejanía sólo interrumpida por pringues de árboles y manchones boscosos. Sobre una altura cerca del camino vimos tres túmulos de piedras colocadas orde-

nadamente, de doce o quince pies el más alto. No pude saber qué significaba eso. Más adelante encontramos otros más pequeños y no tan bien dispuestos. Algunos tenían ramitas verdes acuñadas entre las piedras, lo que me hizo pensar que quizá fuesen señas dejadas por los pieles rojas. La mayor parte del día cabalgué adelante de la caravana. Vi entonces las primeras gallinas de pradera, cuya persecución y el examen de algunas plantas nuevas para mí, me ocupó todo el tiempo hasta llegar al lugar donde íbamos a pernoctar. Su nombre era Olmo Solo. Y allí estuvo un día el olmo, pero unos viajeros, para quienes una taza de café caliente es de más utilidad que la contemplación de un árbol en la pradera, lo habían cortado poco antes de nuestra llegada. Habiendo sido pues el vandalismo perpetrado ya, no pudimos menos de hacer nosotros también leña del árbol caído para la fogata de esa noche.

Nuestro camino pasaba por una faja de tierra entre los ríos Kansas y Osage, que gradualmente se eleva. Por el sur la tierra descende hacia unos valles, y es en conjunto más llana; pero, hacia el norte, el descenso hacia otros valles es muy inclinado y precipitoso. Allá a lo lejos, en ambas direcciones, se divisan vertientes bordeadas de árboles, serpenteando en la pradera.

En Rock Creek nos encontramos con una partida de indios armados de lanzas y hachas de guerra. Amanecieron sentados a un lado de nuestro campamento, y por el otro una manada de lobos en espera sin duda de que partiéramos dejándoles restos de comida y cualquier otra cosa.

Cierta noche se desató una terrible tormenta. Dormía yo en la tienda de campaña con dos compañeros más cuando un ventarrón la derribó. Volvimos a levantarla, pero en seguida volvió a caer. Llovía a cántaros y tuvimos que aguantar sin ningún cobijo las turbionadas de agua. Tenía pegada a mi cara la lona mojada de la tienda, y bajo la nuca sentía correr un río. Me vine durmiendo al fin.

Pocos días después acampamos a la orilla del río Fisch Creek. Con varas de pescar cogimos muchas percas pequeñas, y mientras los pescaditos se revolvían en el sedal de mi caña, los brillantes colibríes revoloteaban sobre nuestras cabezas.

Bajo la luz de la luna seguimos nuestro viaje. La larga hilera de vagones, con sus toldos blancos y cortinas del mismo tamaño y forma, avanzando sobre el camino a una misma distancia, parecía una procesión de almas en pena. No se oía otro ruido que el sordo rodar de los vagones y el tintineo de la campanilla del último caballo de la caravana, interrumpido de rato en rato por la quejumbrosa canción de un mulero mexicano. Más tarde volví a oír la misma tonada en mis viajes de noche por México. Debe de ser de origen indio. Quizá los prisioneros de guerra aztecas, antes de ser sacrificados a Huitzilopochtli, la entonaran como fúnebre adiós a la

vida, y bien podría servir de "motive" a un compositor de ópera. Comenzaba con un agudo, prolongado y lastimero grito, con modulaciones a cortos intervalos, que más expresaba dolor físico que espiritual. Cuando la oí por primera vez creí que era el aullido de un lobo.

Viajábamos de día con rumbo a Council Grove cuando noté la falta de las llaves de mis maletas. Tuve que volver a caballo doce o quince millas al campamento que había dejado. Y allí lo primero que vi fue el manajo de las benditas llaves. Alcancé a la caravana antes del anochecer. En mi viaje de regreso, solo, por la quietud y la soledad de la pradera, sentí la misma impresión que en los más elevados picos de los Alpes. Y en ese mismo camino de regreso vi venir frente a mí a un grupo de pieles rojas montados. De repente desaparecieron como si la tierra se los hubiese tragado. Pero yo iba bien armado, seguí adelante sin temor, tomando sí la precaución de desviarme un poco al llegar cerca del punto por donde habían desaparecido. De súbito reaparecieron casi junto a mí. Lo que pasó fue que una hoyada del camino los había ocultado a mi vista. Eran dos hombres y una mujer, y también un perro que al acercarme a ellos arremetió furioso contra mí, los indios no lo calmaron hasta que me vieron enderezarle la escopeta.

Los perros del indio sienten, igual que sus amos, odio natural contra el hombre blanco; enemistad instintiva que a la recíproca siente el perro del blanco por el indio. Llevábamos en la caravana un enorme perro que apenas veía a un indio se le abalanzaba directamente a la garganta. Y así mismo era con los mexicanos de piel oscura de la clase baja, mientras que con los mismos, pero de piel clara, era muy manso. Los caballos y las mulas se espantan a la vista de los indios, hasta que se acostumbran a ellos; y por último, una visita amistosa de los indios, por más amistosa que sea, alborota a toda la caravana.

Hasta las cercanías de Pleasant Valley el camino corre sobre terreno calizo carbonífero. Pero en una loma apareció un estrato de muy distinto carácter geológico. Es principalmente blanco, con suaves tonalidades mármoreas, o con líneas negras de plantas fosilizadas. Este estrato es denso, duro, y está mezclado de sílice, que suele incrustarse en masas de pederrial. La piedra caliza forma en Council Grove un terraplén que sube, junto con el camino, en dirección oeste. Al otro lado de Diamond Spring, cerca de Lost Spring, hay un estrato de greda conglomerada de piedra arenisca colorada de nueva formación.

En la piedra caliza de Pleasant Valley y Council Grove no vi trazas de restos orgánicos, pero al cruzar esa zona me di cuenta de que en un instante pasé del terreno calizo carbonífero a las formaciones gredosas, o cretáceas. Al pie del terraplén formado por este estrato, tal como ocurre en el borde bajo el estrato gredoso de Texas, brotan vertientes de agua clara, muy distinta por cierto del agua turbia de los estratos de piedra caliza carbonífera, y también del agua salobre o alcalina de la piedra arenisca colorada de nueva formación. Marcou, en su mapa geológico de Estados

Unidos, ubica la piedra arenisca colorada de nueva formación en los comienzos del Pleasant Valley, con masas aislantes de las formaciones cretáceas esparcidas en aquélla. Si tal es la característica principal de esta parte del país, el Camino de Santa Fé pasa entonces sobre una como isla de greda, que cubre exactamente la periferia de la piedra arenisca colorada de nueva formación y de la piedra caliza carbonífera. Parte de esas tierras las recorrimos de noche, razón por la cual no pude proseguir ininterrumpidamente mis observaciones.

Junto al río Little Arkansas se alza un cerro en la pradera, cuya afilada cima la forman capas de piedra arenisca de color gris claro. Este límite de la meseta se extiende por el oeste a lo largo del río Arkansas como confin septentrional de su valle, y el camino se desenrolla a lo largo del pie de esta meseta hasta que cruza el río más allá del Fuerte Atkinson. Los puntos característicos de esta meseta son las pequeñas rocas del Walnut Creek, en Pawnee Rock y Pawnee Fork, y los llamados Caches; los fenómenos geológicos de esos puntos se repiten al lado norte del río Cimarrón, allá en Lower y Middle Springs. El conglomerado que se encuentra aquí (evidentemente un estrato más alto de la piedra arenisca de nueva formación que el que forma las dunas de arenas movedizas del Arkansas y del Cimarrón) lo amalgama un cemento blanco, polvoso, o más bien harinoso, y contiene pedrejonos de cuarzo, jaspe, cornalina, granito, sienita, basalto, lava roja, café, negra y verde, escoria, y vidriosidades volcánicas. En donde quiera que aparece el cemento en capas sin pedrejonos, se ven diversas formaciones de origen orgánico en la masa blanca harinosa, que vale la pena examinar con microscopio. Lo que se distingue con mayor claridad parecen ser raíces y verdascas y en muchas partes de las ranuras se ven agujeritos como pequeños tubos. El óxido de hierro deshidratado ha endurecido esta red de restos orgánicos. Un estrato aún más duro forma la superficie de estas rocas, el cual las protege contra la descomposición, y es la causa de la formación de esta meseta. En Walnut Creek, Pawnee Rock y en Pawnee Fork, esta capa tiene aglomeraciones aluviales peculiares de color café obscuro, semejantes a piedra arenisca semiderretida, y como si antes hubiesen formado la superficie de contacto entre la piedra arenisca y una capa de lava que la hubiera cubierto. El Profesor Wislizenus dice que estas formaciones son de origen volcánico; y en Rabbit Ear y Round Mound, las montañas volcánicas en las fuentes del río Nutria o del brazo septentrional del río Canadian, hay masas arrojadas de piedra arenisca semiderretida, muy similares a las mencionadas antes. En otros lugares sucede lo contrario. Allí las capas más duras que cubren la piedra arenisca y conglomerados parecen ser simplemente incrustaciones arenosas y ferruginosas de piedra arenisca, con apariencia celular. En el río Pawnee Fork una gruesa capa de piedra caliza facilitó, y quizá todavía facilite, las substancias para tales incrustaciones mediante la disolución y la filtración. Sobre la superficie de contacto se encuentran estalactitas de color café y cristales de piedra caliza arenosa, semejantes a la piedra arenisca cristalizada de Fontainebleau, en Francia.

Una capa de arenosa y ordinaria piedra caliza dolomítica, tendida sobre otra de más suave piedra arenisca del Cimarrón, separa estas capas de piedra arenisca colorada de nueva formación de las masas superiores de más reciente formación de piedra arenisca, que primero aparece en lajas amontonadas. Sorprende su composición por la cantidad de cuarzo y mica que contiene; por la ocasional falta absoluta de cemento; por la completa amalgama de sus granos de cuarzo con una roca de cuarzo sólido; por su gran dureza y brillantes colores en todos los matices, desde el blanco más puro al café rojizo y desde el amarillo claro hasta el café. Numerosos nudos de mineral de hierro, parcialmente desprendidos por la erosión debida a los agentes atmosféricos, sobresalen en la superficie en telillas concéntricas, y son una de las características de la formación geológica. La estratificación de esta más alta y reciente piedra arenisca es perfectamente visible en Upper Springs, al lado sur del Cimarrón, y también en Cold Spring y Cedar Spring. Debajo de todo se ven capas de conglomerados y de la piedra arenisca que forman las arenas movedizas de los ríos Arkansas y Cimarrón; sobre ellas la piedra caliza ordinaria, a guisa de techo, y encima de todo, la más reciente y dura piedra arenisca recién mencionada. Los estratos de ésta, si no me equivoco, no corren paralelamente a los de abajo.

No cabe duda de que esta capa superior de piedra arenisca corresponde a la misma formación del período jurásico, como lo ha indicado Marcou. En Ocaté, vaguada que baja del valle del Canadian superior, esta piedra arenisca contiene restos vegetales consistentes en verdascas y hojas dicotiledóneas. Al mismo tiempo, numerosas pequeñas protuberancias redondas de color blanco se encuentran sobre los planos de separación en las principales masas rojas o amarillentas, lo cual hace aparecer a la roca como si estuviera pringada de oolita.

Sobre este estrato de piedra arenisca, que forman los lechos del Rabbit's Ear Creek, del Rock Creek, del Whetstone Creek, y otros más, y sobre el cual se esparcieron las lavas volcánicas del Rabbit's Ear y del Round Mound, yace en las inmediaciones del Waggon Mound —en la meseta sobre la cual va el camino a Las Vegas— otra capa más espesa aún de piedra caliza, unas veces clara y otras obscura, y de una muy dura pizarra arcillosa arenosa con innumerables masas dispersas de espato calcáreo. Las lavas volcánicas del Waggon Mound han invadido esas capas superiores esparciéndose en ellas.

En Las Vegas, al noreste del valle, las formaciones de piedra caliza del período jurásico terminan en estratificaciones casi horizontales, y al lado opuesto del valle corre de noroeste a sudeste una empinada serranía de piedra arenisca; su estrato, inclinado en dirección este-noreste, pasa debajo de aquella piedra caliza. Probablemente ésta sea la piedra arenisca colorada de nueva formación solevantada del oeste que reaparece aquí. Por un angosto portillo que corta esta sierra bajando hasta su base —y tan estrecho es que apenas puede pasar un vagón cargado entre sus paredes— el Camino de Santa Fé lleva sobre territorio llano a un laberinto de valles y hondonadas sin agua en donde vuelven a aparecer estratos ho-

horizontales de piedra arenisca con piedra caliza encima. El Cañón Blanco y el Cañón del Toro son desfiladeros en esta piedra arenisca de los que Marcou dice es del período jurásico. En una montaña rectangular de piedra arenisca, cerca de Antón Chico, lugarcito éste del Pecos superior, se encuentran también los mismos restos vegetales del Ocaté, junto con otros de algo así como bejucos. Al sur del Cañón Blanco el territorio vuelve a ser una sola meseta horizontal que hacia el oeste —sobre el río Grande— confina con una serie de picachos encumbrados de estampa alpina metamórfica-plutónica, y quizá también volcánicos y en parte sedimentarios, en medio de los cuales hay desfiladeros que bajan al valle del río Grande. En esta meseta, en Ojo de Berendo o Antilope Spring, hay piedra caliza blanca asentada sobre piedra arenisca. La meseta tiene una parte independiente de formaciones del período jurásico del Llano Estacado; pero parece que ha sufrido los efectos de la erosión, quedando al descubierto la piedra arenisca colorada de nueva formación. Lo mismo ocurre cerca del pequeño río Salt Lake, hacia el cual fluyen las corrientes del Manzanas, del Cuarrá, etc., bajando desde la mencionada serie de picachos. Sobre esta piedra arenisca el camino pasa por los desfiladeros del Cuarrá y del Avó hasta el valle del río Salado, que es una corriente de agua salobre que fluye sobre piedra arenisca de nueva formación, y luego se abre paso hacia una cañada de piedra caliza que yace a mayor profundidad en el valle del río Grande. Nuestra ruta no nos condujo por ese camino, sino por un cerro empinado de piedra caliza asentado sobre piedra arenisca, y por allí llegamos al valle del río arriba de La Joyita. Y es aquí donde se encuentran al oeste del río Grande, en un lugar estrecho, tres o cuatro formaciones geológicas diferentes que, según Marcou, abarcan todo el período que va desde la piedra caliza carbonífera hasta el yeso, con masas interpuestas de materias plutónicas, metamórficas y volcánicas.

Me aparté del hilo de mi narración a fin de esbozar un panorama geológico del camino Misuri-Río Grande, pero quiero dejar constancia de que nuestro modo de viajar no me permitió ampliar mis observaciones, como lo hubiera querido; baste con decir que hicimos frecuentes jornadas nocturnas. Ahora permítaseme llevar la atención del lector al escenario oriental de las praderas, de lo que también tengo algo que anotar, aunque de naturaleza un poco diferente.

Prescindiendo de toda consideración geológica en referencia a las formaciones cretáceas del Pleasant Valley, es cierto que esto, junto con la mayor altura del terreno va acompañado de un cambio visible en todas las características naturales de las praderas. El aire y el terreno son más secos en los lugares más altos, lo que también se debe a la diferente conformación del terreno. El rocío, que caía abundantemente en la parte baja de la meseta, aquí caía sólo a poquitos. El viajero nota el cambio de clima porque se siente más saludable y más activo. La vegetación es por lo general de menor tamaño, y no tan exuberante.

Council Grove, pueblito a donde llegamos el 27 de Agosto, está destinado a ser un emporio. Yace hermosamente situado y tiene muchas con-

veniencias. Cuando estuvimos allí no contaba más que con diez casas habitadas por hombres blancos y mujeres indias. Un poco arriba del río veíase, aislada, la Misión, edificio bastante grande con su campo cercado de setos vivos. Esta Misión, fundada entre los indios Caw por los metodistas, ha sido perjudicada, creo yo, por el estado licencioso imperante en los últimos años en ese territorio. Río abajo, como a una milla de allí, había un poblado de doce o quince tiendas de cuero crudo de los indios Caw. El paisaje de los alrededores es rico en bellezas panorámicas, aunque en pequeña escala. Rumorosos riachuelos, orladas sus márgenes de árboles y matorrales, serpean sobre bellos prados floridos, entre colinas enyerbadas. Aquí nace el río Neosho que nutre al Arkansas.

Cerca de Diamond Spring, en una de cuyas lomas había un cementerio de indios, uno de los nuestros encontró un buey que fue destazado en la noche. Se había seguramente desmandado de alguna caravana que marchaba delante de nosotros. Tratamos de acortar nuestra permanencia en Lost Spring, en donde apagaron su sed los animales. Aquí crece una planta ponzoñosa que los mexicanos llaman yerba-loca, y es muy temida. Me la mostraron, y me pareció astrágalo. Aquí también, como dije antes, comienza a verse una nueva clase de roca, y, —con la mayor abundancia de arena suelta del Cotton Wood Creek— comienzan a verse los álamos. Hasta entonces habíamos visto riachuelos bordeados de gran variedad de árboles y arbustos, abundando más los robles. La tierra es una vasta llanura, y la cañada profunda del río mencionado (el Cotton Wood Creek) se ve como una sola línea de copas de árboles que apenas si sobresalen del nivel de la llanura. La yerba es corta, y a pesar de que era a fines de Agosto, ya estaba marchita. Las langostas saltaban a millares por doquier, y los mosquitos hostigaban tanto a los hombres como a las bestias.

A mediodía del 1º de Septiembre hicimos alto para descansar en el Little Arkansas. El lecho de este río está, como todos los de esa región, profundamente hundido, y no en piedra sino en tierra de aluvi6n.

Me he referido a lo difícil que es advertir las hoyadas del terreno. Las praderas enyerbadas no dejan ver las sinuosidades, todo es una sola parejura, sin perspectivas geométricas; y puesto que la naturaleza de la atm6sfera excluye la percepci6n de las distancias por los diferentes grados de claridad en que pueden ser vistos los objetos, o bien la confunde por la desigual temperatura de la capa de aire, es imposible impedir las ilusiones ópticas. Yo creí ver en un conejo que tenía cerca de mí un venado que estaba lejos, y unos cuervos que vi caminar adelante me parecieron hombres; y cierto día que uno de los vagones de la delantera cruzaba el lecho de un río me pareció verlo hundirse en la tierra. En la cuenca del Little Arkansas crecen álamos y olmos cuyas copas, vistas desde la pradera, parece que brotan de la superficie del suelo.

Tan pronto como se baja al lecho del río, un pequeño mundo peculiar se ofrece a la vista de la árida pradera: los árboles surgen de las profundidades, a cuyos lados se ven girasoles tan altos como dos o tres hombres, y lozanos bejucos entretejen la maleza.

Mientras subíamos rumbo al oeste, por donde comienzan las capas de piedra arenisca, contemplé la fantástica vista de los médanos del río Arkansas, del cual ya estábamos muy cerca. Estos médanos parecen ser franjas de tierra veteadas de blanco y verde, lo cual es efecto de los arbustos y matas dispersas sobre la arena blanca. Junto a estos médanos vimos una interesante formación del suelo bajo las extraordinarias luces del muriente sol. Pequeñas lomas cónicas, cubiertas de yerba como el terreno circundante, se elevaban, cual cerros gigantescos sobre la pradera ondulante, arrojando sombras oscuras que parecían ser franjas y motas negras. La yerba de los alrededores era, para la estación en que la vimos, de un verde brillante, señal de que las vecindades de estas lomas —que tal vez eran sólo lomas de arena a la deriva— deben ser muy húmedas: la absorción capilar, como lo observé después con frecuencia, suele atraer gran cantidad de humedad a la superficie de la arena suelta, especialmente en las concavidades de los médanos.

Fue por allí en donde vimos los primeros búfalos solos, aumentando en número a medida que avanzábamos. Dos días antes había visto a la luz del crepúsculo matutino, un bulto grande y negro, recortada su silueta contra la sonrosada aurora. Pude al fin advertir que se trataba de un búfalo por alguna razón separado de los rebaños que pastaban más al oeste. No volvimos a ver otros hasta que topamos con las manadas. Cierta vez al anochecer, con los últimos resplandores del ocaso, iban los vagones avanzando lentamente cuando de pronto nos vimos envueltos en partidas de búfalos que eran los primeros de un inmenso rebaño. Corrió inmediatamente un hombre en persecución de uno, y al rato volvió a juntársenos diciendo que lo había matado. Pidió que alguien lo acompañara a traer la carne; pero como ya era de noche no pudieron encontrar al animal. Sin embargo, nuestro deseo de probar lengua y médula de búfalo fue satisfecho pocos días después, y hasta algunos se empacharon de comer tanto de eso. Al amanecer vimos la pradera cundida de búfalos. El rebaño era incontable, pero dividido en muchos hatos. Del 1º al 8 de Septiembre pasamos siempre entre ellos. Los encontramos principalmente a lo largo de la ribera septentrional del Arkansas, pero en algunos lugares los vimos también en la otra banda. A ratos manadas de ellos se acercaban tanto a la caravana que nos sentíamos amenazados, y cuando llevaban a beber agua a los bueyes de una caravana que venía detrás de nosotros, los hombres tuvieron dificultad en evitar que se confundieran con los búfalos. Por las noches los mugidos de esos animales se oían por todas partes acompañados de los aullidos de los coyotes que siempre siguen a las manadas de búfalos, y matan a los tiernos, a los enfermos y a los viejos. No sé si estos llamados lobos-búfalos sean de la misma especie o no; los que vi eran blancos y muy grandes. El 6, cuando íbamos entre Pawnee Fork y Coon Creek, los rebaños de búfalos formaban una masa compacta de por lo menos ocho millas. De seguro que este rebaño, por enmedio del cual rodamos durante una semana entera, consistía de millones de animales, y formaban un solo cuerpo viajando en compañía. Mis ojos se posaron, seguramente, en centenares de miles de ellos. Más adelante, después de haberlos pasado, encontramos la yerba de la pradera recortada casi a ras del

suelo, para desdicha de nuestras mulas y caballos. Los búfalos, arrasando la yerba a su paso, venían de muy lejos, pues por centenares de millas hacia el sur sus osamentas señalaban su paso sobre toda la pradera.

Por supuesto que todo el tiempo que pasamos por entre ese rebaño jamás nos faltó la carne fresca. Era cuestión de media hora o menos tener un búfalo a nuestra disposición; y aun después de haber salido de esa parte de la pradera, la carne que habíamos almacenado nos duró una semana más, ya que en esa zona alta y seca, especialmente en esa época del año, se mantiene fresca largo tiempo y el aire acaba por secarla sin corromperla. Antes de que la carne de búfalo se nos terminara encontramos partidas de antílopes. Y más al oeste inmensas bandadas de patos atestaban los charcos y lagunajos del camino; en el río Grande encontramos, además, gansos, garzas, conejos, perdices y otros animales de caza menor, así que nuestra mesa estuvo siempre bien abastecida. Y tan abundante era la carne de búfalo que sólo comíamos la lengua y la médula de los huesos. El hígado de los búfalos tiernos es succulento, y la médula del hueso de las patas es uno de los bocados más ricos. Si el lector quiere ver un cuadro típico del buen vivir en la pradera, figúrese a un grupo de viajeros sentados alrededor de una fogata de boñiga de búfalo en la cual se asa carne con hueso. Cuando se ve que ya está asada, se rompe el hueso con una hachuela y se le saca la médula entera. En contraste con ese bocado está la carne de búfalo viejo, que es casi incomible, renuente a todo intento de dejarse cocinar e indigerible como un moño de cabuya. El espectáculo de una tribu de indios cazando búfalos es digno de verse. Muchos viajeros lo han descrito ya, pero yo no había tenido oportunidad de verlo. Nosotros sólo los cazábamos en pequeña escala. Cuando queríamos carne salía un hombre con revólver de seis tiros. El gran rebaño camina dividido en partidas y éstas en puntas, y éstas, a su vez, bajo el caudillaje de un solo búfalo macho. Nunca se rompe la conexión de este inmenso rebaño, ni aun cuando las puntas se alejen un poco siguiendo a su propio líder en fila india. El cazador elige de entre la tropilla a uno, y lo persigue. Entonces empiezan los animales a correr como locos, y los otros grupos se espantan en todas direcciones, siguiendo siempre a su caudillo y saliéndose del camino trillado sólo en raras ocasiones. El éxito depende del caballo y de la destreza del jinete. El caballo se aproxima por el lado izquierdo del búfalo, y el cazador trata de acercarse hasta casi tocarle la paleta con su revólver. Sólo los cazadores inexpertos gastan sus seis tiros en tumbarlo. Jamás vi que un búfalo se revolviera, ni que una tropilla de ellos embistiera al cazador. Observé también que el rebaño nunca se dio por enterado de la presencia de un enemigo en medio de ellos; sólo los más cercanos se hacían a un lado. Las numerosas madrigueras de las marmotas de la pradera hacen la persecución muy peligrosa, y para eso se da a los novatos sólo caballos acostumbrados a esa clase de terrenos, especialmente para la caza de búfalo. Como yo no tenía un caballo de tal clase, no tomé parte activa en el deporte. Un joven de la caravana que un día se aventuró a perseguir a un bufalito fue lanzado de cabeza al suelo, pero por suerte sin graves consecuencias.

Entre los muleros conocí a un mexicano a quien los indios comanches habían retenido ocho años como esclavo, por lo cual le apodaban "Comanche" en la caravana. Este hombre, que era sumamente diestro con el lazo, cogió varios terneros, y hasta una búfala grande a la que tumbó y maneó en el suelo. Cuando llegó con esa noticia al campamento me fui con él a verla. Después de haberle echado la sogá al pescuezo, resistiéndose ella todavía, giró a su alrededor pasándole varias veces la sogá por entre las patas, hasta que teniéndola asegurada la atropelló con el caballo y la tumbó. Se apeó entonces y le ató fuertemente las cuatro patas. La maté de un solo tiro, y el "Comanche" comenzó en el acto a destazarla y se llevó la carne con todo y cuero y sin limpiarla. El muchacho hizo el trabajo con increíble destreza, cortando lonjas de varias libras a cada cuchillada; parecía un tigre desgarrando las carnes de su víctima. Lo que no nos llevamos quedó para los lobos y zopilotes que apenas idos nosotros se apropiaron del botín.

El lugar en donde cayó y fue muerta esta búfala era una madriguera grande de marmotas, mamífero roedor al que incorrectamente llaman perrillo de pradera. En terrenos parejos donde no crece ni pizca de vegetación, y cuya corteza arcillosa es tan dura como piso de granero, se alzan innumerables montículos de tierra, con una abertura en la cima semejante al cráter de los volcanes: esta es la entrada a la madriguera de una familia de marmotas. Muchas de esas familias cavan sus madrigueras cerca de otras, y forman lo que llaman un pueblo de perrillos de pradera. Hay lugares en donde son tantos estos pueblos (a veces un poco separados, y otras tan juntos que casi se tocan) que se extienden sobre centenares de millas cuadradas. Estos roedores apenas si permiten crecer unas hila-chas de hierba cerca de ellos, de modo que el ganado que pasa por allí sufre de falta de forraje. Y siguiendo en dirección al sur vi una prueba muy palpable de eso, entre San Antonio y El Paso, en donde en muchos casos ya de por sí la yerba era muy escasa.

La marmota o perrito de pradera ha sido descrita ya por otros viajeros. La idea de que estos roedores comparten su alojamiento con las lechuzas y las serpientes cascabel me pareció siempre fabulosa, hasta que lo vi con mis propios ojos. Y no sólo es cierto, sino que jamás falló. Al acercarse uno a un poblado de marmotas, se ve a las dueñas y constructoras de las viviendas sacar de los hoyos sus cabecitas con curiosidad, pero también con cautela, o bien sentadas sobre los montoncitos de tierra cerca de las aberturas, y las que están afuera corren rápidamente a meterse en sus viviendas. De pronto se oye un silbido, y los animalitos desaparecen como por encanto; al mismo tiempo se ven lechucitas gris-café, esmaltadas de blanco-amarillento, de sedefío plumaje, revoloteando de un hoyo a otro. Muchas vuelan entre los roedores, mientras que otras salen a las puertas y se sientan allí con toda gravedad como vigilando el poblado. Esas ave-cillas, cuyo tamaño no es mayor que el de la tórtola (su espeso plumaje las hace ver más grandes), pueden ver perfectamente de día. No fue sino hasta después que me di cuenta de la presencia de un tercer inquilino, pero no sé de positivo si la cascabel es, como la lechuza, inquilino infal-

table en las madrigueras de las marmotas. Sin embargo, con frecuencia vi cascabeles tomando el sol en las entradas, y saliendo de los hoyos o entrando en ellos. La forma en que la serpiente paga la hospitalidad que se le da me interesó sobremanera: y es que se encarga de librar a su bondadosa huésped de una demasiado numerosa prole, hecho del cual me convencí al extraer una marmotita de la panza de una cascabel que saqué de una cueva de marmotas. Ahora, que si hace lo mismo con las lechucitas, o que si éstas hacen aquéllo con las cascabeles, es cosa que no puedo decir.

Digno de saberse es que las ardillas, que en cierta parte del Estado de California arrasan los prados y las vegas, comparten también sus madrigueras subterráneas con las lechuzas y las cascabeles. Allí vi con más frecuencia a esas serpientes viviendo entre marmotas.

En los tres últimos días de Agosto sopló viento caluroso del sur. En la noche del 19 de Septiembre se observaron cambios atmosféricos; viéronse relámpagos por el norte en un cielo límpido. En la mañana amanecieron nubes dispersas, y a mediodía sopló el norte; de ese día en adelante tuvimos varias noches frías. Cuando sopló el sur no cayó ni una gota de rocío; pero, con el norte, la yerba amaneció mojada, y en la noche que me tocó velar se me entumecieron los pies. Esa misma noche los aullidos de los lobos fueron más numerosos. Más adelante volvió a soplar el caluroso sur, y muchos de los hombres se enfermaron. Ya tendré ocasión de hablar del cambio repentino de este siroco americano a un viento helado del norte.

CAPITULO V

Continuación — El Arkansas — Lobos — Una estampida — Comanches y kiowas — Visita de jefes — Duelo indígena, y decoraciones militares — Fort Atkinson — Más tráfico con los kiowas — Expediciones de saqueo a México, y prisioneros mexicanos — El idioma español entre los indios de las praderas — Destrucción gradual del carácter de la raza — Tribus de indios convertidos en bandas de ladrones — Límite oriental de los apaches — Sepultura de piedras de los indios — Ideas que tienen los indios de la otra vida — Comercio de esclavos entre los indios — Cruce del río — Visitas de indios al campamento — Un paso de lo sublime a lo ridículo.

El 3 de Septiembre llegamos a la margen del Arkansas, al propio lugar del punto extremo de su recodo norte. Al anochecer acampamos a pocos centenares de yardas del río sobre un verde yerbajo que comen los búfalos. Las riberas del río son arcillosas, como las del Misuri, el Ohio y el Misisipi. La superficie del agua estaba entonces a cuatro o seis pies debajo del nivel de la pradera. La corriente socava gradualmente la ribera y con esa arena se forman bancos en la ribera opuesta. El agua es lodosa, y el lecho contiene arena movediza sobre la que es peligroso quedarse de pies mucho tiempo. En aquella época del año el río era vadeable por cualquier punto. Al pie de los barrancos perpendiculares crecen álamos y sauces, pero la pradera se extiende hasta el borde de los barrancos, en cuyos paredones vimos cerca de nosotros varios cubiles de lobos, y oímos continuamente aullar a sus cachorros. En la noche los lobos viejos y sus críos nos dieron un concierto sinfónico de estridencias indescriptibles. Y además de eso los búfalos y lobos se mantuvieron cruzando el río en las cercanías. Mientras haya búfalos en la pradera los lobos no pasarán hambre, y algunos hasta los acompañan en sus migraciones. Nosotros y nuestros animales no teníamos nada que temer de ellos, pero en las noches nuestro perro tenía que defender la carne que llevábamos. Atraídos por la carne, los lobos, como también la especie más pequeña que los mexicanos llaman coyote,²³ arrimaban tan cerca que, de no haber sido prohibido

²³ De la voz azteca "coyotl".

disparar innecesariamente de noche, en las noches de luna pude, sin tener que levantarme de mi cama, haber matado todas las noches una de esas fieras. En Nicaragua se me dijo que los coyotes, cuando andan en manadas grandes, se atreven hasta con el hombre; pero nunca oí tal cosa en las praderas norteamericanas. Aun cuando las mulas nunca estuvieron en peligro de ser atacadas por los lobos y coyotes, las incursiones nocturnas de éstos las espantaban continuamente.

Cierta noche, vivaqueando en la margen del Arkansas, yo estaba de guardia como a mil pasos del campamento. Cerca de mí pastaba una mula blanca que acostumbraba hacerlo mirando hacia la pradera y con las ancas hacia las demás, bastante retirada, como si fuera centinela de ellas. Yo que la miraba la vi levantar de pronto la cabeza y mirar escudriñando las sombras de manera alerta y precavida. Súbitamente resopló con fuerza y se azotó dando un brinco para atrás. Toda la manada entonces, consistente en doscientos animales, se vio presa de un pánico colectivo y arrancó en estampida. Todo esto ocurrió en un instante, y antes de que yo pudiera salir de la sorpresa, el ruido de su huida en la distancia se iba oyendo más y más lejos; y de pronto me vi solo en lo obscuro y la soledad de la pradera. En el campamento se habían apagado las fogatas, de modo que de momento no supe qué hacer, si volver allá o qué. A poco, sin embargo, oí pasos cerca de mí y topé a uno de mis compañeros de guardia, y luego a otro y otro más, hasta que nos reunimos todos con la excepción de un muchacho mexicano cuyo trabajo era llevar del mecate a la yegua madrina. Al rato apareció. A punto estuvo de pagar con la vida su falta, pues que para echarse un sueñecito mientras debía estar de turno, se amarró el mecate a la pierna, de manera que cuando la manada de mulas arrancó a correr, la yegua lo arrastró y sólo sacó unos raspones y desgarros de las ropas. Entre tanto, el campamento entero se alarmó, y cuando los hombres oyeron el tropel algunos montaron los caballos de silla que están siempre junto a los vagones, y dieron comienzo a la persecución de las mulas. Por suerte habían parado por ahí no más y fueron halladas fácilmente en la ribera del río. En cosa de media hora todas quedaron encorraladas.

A lo que los pastores griegos llamaban "terror pánico" los vagoneros americanos llaman estampida, y sólo después de un ataque de sorpresa por los indios, o de un incendio en la pradera, este es de los más grandes peligros que puede sufrir una caravana en un viaje a través de los yermos de la América del Norte. Aparte del temor de que un hombre sea en tales casos atropellado por las mulas (lo que relativamente es una mínima desgracia), de haber indios en las inmediaciones se perdería toda la manada; y es por esta razón que los indios esperan siempre que ocurra una estampida. La pérdida de los animales entrafía por lo general la de los vagones con su contenido y la ruina económica de los propietarios, como también la muerte de algunos del grupo.

Al día siguiente, habiendo pasado por Jackson's Grove, detrás de unos álamos y sauces vimos que por ambas márgenes del río venían hacia noso-

tros numerosas bandas de indios. Estábamos allí a sólo un día de camino de Fort Atkinson, por lo que no temimos ser atacados, y sobre todo porque su apariencia era pacífica. Supimos en seguida que eran comanches y que caminaban rumbo al este en busca de los rebaños de búfalos. Nos preguntaron qué rumbo llevaban los búfalos, y también si sabíamos de los pawnees, sus enemigos, a quienes al parecer tenían mucho y cuyos campos de caza no se atrevían hollar.

En el verano se habían reunido en Fort Atkinson algunas tribus de indios —varios miles en total— con el fin de recibir los regalos que el gobierno norteamericano les da según tratado. El representante del gobierno encargado de eso no había aparecido en la fecha que los indios lo esperaban, lo que fue motivo para que amenazaran con atacar a las caravanas si los regalos no llegaban pronto. Los más jóvenes guerreros pedían el inmediato rompimiento de hostilidades, y sólo la intervención de los viejos y prudentes jefes evitó la guerra. Fue suerte para nosotros que pocos días antes les hubiesen llegado los regalos que, según nos lo manifestaron los jefes que nos visitaron, resultó más de lo que esperaban. El gesto del gobierno ha sido un buen golpe político, ya que así los indios se van sintiendo gradualmente dependiente de las cosas necesarias a la vida civilizada.

En la tarde divisamos al otro lado del río una toldería grande de indios, frente a la cual, pero de este lado, armamos el corral. Al poco rato gran número de hombres y mujeres cruzaron el río para venir a visitarnos. Había entre ellos varios jefes que nos honraron con su presencia, todos provistos de sendas constancias de su filiación y buena conducta extendidas algunas por empleados civiles del gobierno o por oficiales del ejército americano a cuyo cargo está la vigilancia de esa zona. Esos certificados, que ellos se apresuran a mostrar, tienen por objeto hacer que los viajeros confíen en el comportamiento del portador, y son, a la verdad, una cómica contraparte de los pasaportes del Viejo Mundo, y son además los únicos de ese género que se ven en Estados Unidos. Su fraseología es de por sí ridícula; y si no véase el siguiente ejemplo: “El portador del presente certificado es “Manga Roja”, famoso jefe de los apaches que al presente está en paz con los blancos. Los viajeros harán bien en ser amables con él y respetarlo, pero al mismo tiempo mantenerse en guardia”. Bajo este escrito se pone la visa del viajero: “Manga Roja visitó nuestro campamento y se condujo, junto con sus acompañantes, de manera respetuosa”. Más abajo puso otro viajero: “No se fíen de este tipo, es un indio artero”. Cuando un indio, con la gravedad de la que sólo él es capaz de presentar, pone en manos de usted un carnet como ese, debe uno controlar, como hace él, los movimientos de los músculos de la cara para no traicionarse, pues una indiscreción podría tener desagradables consecuencias.

Esa vez que nos visitaron los comanches, además de indios de baja casta, vinieron los jefes To-ho-pe-te-ca-ne, o sea “Tienda Blanca”, y Way-ya-batosh-a, que en su lengua significa “Aguila Blanca”. Estos nombres, y su traducción, los copié de los carnets de tan eminentes personajes. Detrás

de ellos llegó un anciano, distinguido tanto por su noble continente como por su vestimenta sencilla. Esta no era más que una manta de lana azul enrollada a su cuerpo. Llevaba el pelo corto, igual que los blancos, y sin ningún ornamento visible. Le acompañaba un prisionero mexicano que hacía de intérprete, y nos dijo que era el gran jefe Okh-ákh-tzo-mo, que llegaba a visitarnos; y la razón por la cual iba tan sencillamente vestido era que su hijo había muerto a manos de los pawnees, de quienes no se había vengado aún. Los dos jóvenes acompañantes vestían todos los arreos de los guerreros comanches: ropa de gamuza, mocasines ricamente recamados, sus caras pintadas de rojo, y en la cabeza llevaban plumas de águila; el grueso pelo trenzado les colgaba sobre las espaldas, adornado de láminas de plata que al bajar se iban reduciendo de tamaño, en el cuello tan grande como una escudilla, y en las puntas de las trenzas del tamaño de una moneda de medio dólar. Estas láminas las hacen en México expresamente para los comanches, y tienen gran importancia en el tráfico comercial con estos indios, tráfico que se realiza en el Presidio del Norte, en San Carlos, y en el Presidio del Río Grande. Por último llegó un viejo que llevaba, sobre su ropa de gamuza, una chaqueta azul de los norteamericanos del oeste. Sobre ella lucía un par de charreteras doradas —una en su pecho y la otra colgada sobre la espalda— que daban realce al príncipe comanche, pues ese era el título de que blasonaba nuestro huésped. Sin embargo, su alteza no sentía el mismo orgullo que los otros al presentar sus credenciales que portaba de puño y letra del comandante de un fuerte cercano, la cual constancia decía que el portador había sido uno de los más crueles enemigos de los blancos; pero que últimamente había cambiado de actitud, y que, debido a la influencia que tenía sobre la tribu comanche, debía tratársele con respeto, pero al mismo tiempo con cautela. Este hombre estrechó ceremoniosamente las manos de aquellos a quienes vio cara de ser los jefes de la caravana haciendo votos de amistad. Fumamos la pipa de la paz y le obsequiamos café, igual que a los otros. Tenía facciones muy bien definidas, profundas arrugas surcaban su frente, su nariz era grande y aquilina, y sobre su rostro cobrizo caían numerosas trencitas, a través de las cuales brillaban los característicos ojillos enigmáticos del indio. Con él andaba su esposa, una vieja gorda, cuyo rostro revelaba restos de su ya abolida belleza del tipo de las mejores familias mexicanas. Esta mujer fue tal vez robada en su niñez; no se apeó, siguió a horcajadas en su caballo, como andan las demás indias, y no tomó parte en la conversación que sostuvimos con su marido. Pero, en cambio, algunas de las indias jóvenes —entre ellas una muy bonita— se enredaron en paliques con los muleros, tratando seguramente de coquetear para ver qué les sacaban.

Entre el grupo vimos muchos muchachos mexicanos raptados, que al parecer recibían buen trato. Iba entre ellos un chico rubio, de ojos azules y frente amplia, que creímos provenía de algún establecimiento alemán del oeste de Texas. Pensando en esto le hablamos en ese idioma, pero no nos respondió. Otro muchacho nos dijo, en español, que junto con su hermana los habían raptado en México, y su ocupación era ahora cuidar de los caballos de su amo.

Antes de anochecer Okh-ákh-tzo-mo hizo alarde de su autoridad ordenando a nuestros visitantes salir del campamento y volverse a casa. A ciertos indóciles los sacó a riendazos. Quedamos solos al fin y pudimos disfrutar de un largo y ansiado reposo.

Estos comanches pertenecen a la tribu que los mexicanos llaman "cibuleros", es decir cazadores de búfalos, ya que "cibulo" quiere decir búfalo; viven casi por entero de la carne de esa bestia. Se llevan bien con los kiowas, que tienen una toldería grande más allá del fuerte, y algunos de éstos andaban con ellos. Los idiomas de unos y otros difieren grandemente, pero entre los presentes había quienes hablaban ambas lenguas.

El 10 de Septiembre llegamos al Fuerte Atkinson. Este es un grupo de construcciones de adobe, con techo de lona, algo como entre casa y tienda de campaña. La palabra "fuerte" en Estados Unidos no debe tomarse en el sentido riguroso de lo que es una fortaleza. Allá sólo significa un campamento con ochenta soldados de infantería; pero en todos ellos hay una tienda bien provista de ropas, sillas de montar y demás artículos de cuero, quincallería, efectos de hojalata y provisiones de boca, desde la indispensable harina y el tocino hasta ostras envasadas y el aristocrático champán. Las caravanas cuentan con estas tiendas para abastecerse en sus jornadas. Mas nosotros llevábamos tanto de todo que en vez de comprar vendíamos.

En el fuerte vi a un viejo kiowa, el indio más feo que en mi vida he visto. Tenía ese tipo una cara que parecía hiena. Pero era dueño de rasgos de belleza propiamente suyos: su boca por un lado tiraba hacia arriba; el párpado le entrecerraba un ojo, tenía el otro, en cambio, desmesuradamente abierto. Con él andaba una joven mexicana pintada la cara en rojo. Nos rogó que la compráramos, su marido pedía sólo dos mulas por ella. De seguro que él, para darle más valor, se había gastado su buena plata en colorearle la cara. Característico del salvajismo de esa gente fue ver que el caballo del indio tenía pintado de un rojo igual al de la mujer el tronco de la cola.

Acampamos unas millas más arriba del fuerte, a donde llegaron de visita muchos kiowas. A uno de ellos nos lo presentó su intérprete mexicano como un gran capitán, y éste se daba grandes aires. Estando como estábamos muy ocupados, no le prestamos mucha atención al jefe, por lo que se nos acercó el intérprete para decirnos: "¿Por qué los capitanes de ustedes no le hablan?" Lo saludamos entonces con toda ceremonia y nos sentamos a platicar con él. "¿Por qué no vienen los otros blancos a hablar con él?", preguntó el intérprete, señalando a los mayores. "Porque no son capitanes, son mis esclavos", le respondió Mr. Mayer con admirable naturalidad; y su respuesta, habiendo llenado de satisfacción al jefe kiowa, produjo gran efecto. El piel roja entonces se volvió conversador, y hasta cordial. Como echando sus campanas a vuelo nos contó que había dirigido expediciones predatorias a territorio mexicano (campañas las llamaba él) y cuánto se había embolsado. Y nombró pueblos mexicanos

que había ayudado a saquear. “Allá”, dijo, “caballos, muchachos, muchachas, ¡mucho bueno!” “Aquí, en el Arkansas, nada”.* Le acompañaban tres muchachos, dos eran suyos, el otro lo había robado en México. A éste último, debe decirse, lo trataba tan bien como a sus propios hijos. Le dimos galletas que repartió equitativamente entre los tres.

Esa gente habla español con cierta fluidez, y el intérprete del jefe parecía ser sólo un adorno. Oí a grupos de mujeres y niños conversar en español.

Es evidente que, habituando a los prisioneros mexicanos, la raza india tiene gradualmente que desaparecer. Malhechores angloamericanos de la peor calaña, asesinos y ladrones de profesión, se unen a esas hordas de indios saqueadores, y ejercen sobre ellos gran influencia; y si este desenfreno continúa —aun cuando vaya cambiando la raza, pero que su modo de vivir y ocupación sigan siendo las mismas— las tribus indias irán paso a paso transformándose en pandillas de ladrones y asesinos. Es bien sabido que los extranjeros de ascendencia europea o semieuropea, una vez habituados a las costumbres de los pieles rojas, se vuelven los peores y más peligrosos criminales.

Es completamente falso que los pieles rojas odien instintivamente a la raza blanca. Cualquier hombre blanco que quiera acoplarse al modo de vivir de ellos es siempre bien recibido, y hasta puede alcanzar altos honores en la tribu. Lo que sí odia el piel roja es la civilización, ya sea ésta en su propia raza o entre los blancos. A este respecto no hace distinción alguna, como lo demuestra el hecho de que existe tanta hostilidad entre los indios civilizados de México y los salvajes de las praderas, como entre estos últimos y los blancos civilizados. Hasta los pimas, que habitan en el Gila y forman una valiente avanzada de la vieja civilización mexicana contra los apaches y otras tribus merodeadoras del norte y del este, hablan de éstos en los mismos términos que la gente civilizada habla de los bárbaros. “Salvaje es todo aquel que no se dedica a la agricultura”. Por consiguiente, el antagonismo no es cuestión de raza, sino de manera de vivir; la misma idea que prevalecía entre los estados civilizados del Anahuac y los salvajes de las regiones circundantes. Volveré a tocar este asunto cuando pase a hablar de los apaches.

Estos kiowas iban también rumbo al este a caza del búfalo; con mucho interés preguntaron todo lo relativo a los campos de caza del este. Eran tan enemigos de los pawnees como de los comanches, pero a éstos les temían menos. Parecían igualmente hostiles a los apaches mexicanos, de quienes se expresaban muy mal.

Pocos días después encontramos al otro lado del río a un gran caudillo de la tribu oriental de los apaches, junto con un grupo de kiowas, con quienes parecía estaba concertando una correría. Oí decir que en este

* (Todo eso en español).

lejano distrito del este viven algunas tribus aisladas de apaches, lo que al parecer se ignora.

Ni los comanches ni los kiowas que nos visitaron aceptaron el aguardiente que les ofrecimos; pero sí bebieron con exceso café y té con mucha azúcar; de la cual comen en grandes cantidades. Nuestro huésped eran tan desconfiados que no comían ni bebían nada sin que antes lo probáramos nosotros. El viejo comanche, el de las charreteras doradas, hasta vacilaba para fumar el tabaco que le dábamos, y preguntaba si no contendría alguna cosa que lo durmiera. Tales temores no eran infundados, pues algunos blancos han intentado envenenar a tribus enteras de indios, y yo mismo oí con frecuencia hablar de cuál sería la mejor manera de envenenarlos. La forma en que fue llevada la viruela a una remota tribu es muy conocida en el oeste, y yo la oí relatar en todos sus detalles.

El Fuerte Atkinson es lugar de interés para el botánico. En un espacio muy reducido se encuentra una vegetación variadísima. Girasoles amarillos de varias clases, cinias rojas, salvias azules, euforbios de hojas blancas, y mil y una flores y yerbas más se ven allí en grandes variedades de colores y tallos elevados. Un poco arriba de este prado, entre sueltas masas de cuarzo, jaspe, lava, etc., hay otro mundo de plantas, aunque en escala mínima: la aster, pequeña planta asteroidea, con florecitas de color violeta; la elegante malva, con capullos rojos y carmesí; artemisas grises y lanudas, de fisonomía alpina, con fuerte aroma, similares a la "*A. muettelina*" de los Alpes; asclepias enanas, achaparradas singenesias blancas, con sólo cuatro capullos marginales, semejantes a las crucíferas. Y, en fin, toda clase de plantas en miniatura, mezcladas con una que otra tuna de textura como de cuero, cubren el pequeño y estrecho prado.

Lugares había en que las calabazas reptaban en el suelo, mientras que por aquí y allá crecían arquenonas, o bien otras plantas cuyos nombres ignoro.

Fuí un día más allá del fuerte en persecución de un lobo al que no logré hacerle tiro, y al fin desapareció en una cueva entre las peñas. Y mientras examinaba su entrada descubrí otra abertura obstruida por un montón de piedras. Al apartarlas hallé adentro, envueltos en un trapo mohoso, unos huesos humanos. El cráneo estaba en buen estado, y las mandíbulas aún tenían sus finas y blancas hileras de dientes que, no obstante, se desprendieron fácilmente. Cerca de los restos encontré un saco de cuero, lleno de pintura roja, el cuero curtido de un venado, una correa de cuero, que parecía ser una rienda, y un montoncito de boñiga de búfalo. Estos huesos, sin duda alguna, eran de un piel roja, y no estaban en el sitio en donde fueron primeramente enterrados. Tal vez fueran los huesos exhumados de otro lugar por amigos y familiares del muerto para llevarlos allí. Los huesos eran mucho más viejos que el trapo, y éste, por lo que se veía, nunca había envuelto las carnes del muerto. Era un trozo de lona del toldo de los vagones. Los objetos encontrados junto a los restos fueron dejados allí por sus familiares que seguramente creían el muerto los nece-

sitaría en el más allá. El, pensaban seguramente, tendría en la otra vida necesidad de un traje de cuero, pintura roja para embijarse, una rienda para su caballo, y la boñiga de búfalo para el fuego. Sin embargo, nos llamó la atención la ausencia de toda arma.

En nuestra jornada del día siguiente topamos a un kiowa que venía a caballo. Se acercó a nosotros mientras su mujer e hijo quedaban atrás aguardando, hasta que, viendo él que no había ningún peligro, los llamó. Hombre y mujer eran de carácter afable, y ambos miraron con interés y evidente placer a la esposa de Mr. Mayer, quien, con su marido, iban al lado mío; se me acercaron, miraron dentro de mi coche con gran curiosidad y me preguntaron si yo no tenía mujer. Al responderles negativamente me ofrecieron llevar una muchacha de su toltería, describiéndomela animadamente con ademanes y medias palabras como una chica de muchos atractivos. Por último el hombre colocó el índice de una mano sobre el de la otra, añadiendo un muy expresivo “¡bueno!”.* “Esta”, dijo, señalando a su compañera, “es una mujer cualquiera, la otra es chiquita y buena”.* Le respondí que como íbamos de prisa no teníamos tiempo para esperar a la muchacha; replicó que su esposa iría a traerla y que nos alcanzarían en dos días. Al negármeles rotundamente soltaron la risa y siguieron su camino. Quizá su intención fuera venderme la muchacha, alguna mexicana que tenían prisionera. Pude sin duda haberme hecho de ella a cambio de unas cuantas tazas de café muy endulzado, pues estos mismos proxenetas al día siguiente llevaron a nuestro campamento una mujer, muy embijada de rojo, que en vano probó fortuna primero entre los señores de nuestro grupo, y después la vi sentada alrededor de una fogata con los muleros.

Por las numerosas preguntas que hice respecto de las costumbres de los pieles rojas, creo que en la mayoría de las tribus hay prostitutas; son ellas prisioneras o mujeres a quienes en circunstancias particulares han degradado hasta esa condición. Esta es la clase de mujeres que ofrecen a los extranjeros.

El 12 de Septiembre cruzamos el Arkansas, cosa que nuestra caravana realizó con éxito en tres horas. El fondo del río es de arenas movedizas. Si el vagón cruza rápidamente, las ruedas suenan como si pasaran sobre un camino rocoso; pero si se detiene un momento el fondo se vuelve lodoso, las ruedas se hunden y corre el vagón peligro de atascarse quedando como empotrado en cemento. La habilidad del mayoral está en mantener el vagón en movimiento cueste lo que cueste. Fue necesario enganchar dieciséis mulas a cada vagón, y cuatro muleros por lo menos caminaban al lado de los animales excitándolos a gritos.

Paramos en un prado al otro lado del río. Los pieles rojas, que mientras cruzábamos se habían agrupado en grandes números en la ribera, nos

* (Así en español).

* (Así en español).

acompañaron a nuestro campamento; esperaron hasta que estuvo cocinada la comida, y luego se acercaron sin ninguna ceremonia a compartirla con nosotros.

Entre los visitantes llegó uno que se nos presentó como caudillo de prestigio entre los kiowas. Llevaba el corriente vestido de cuero, con una manta azul encima, y alrededor de la cabeza un pañuelo rojo enrollado en forma de turbante, lo que le daba aire asiático. Se me ocurrió regalarle un par de pantalones negros viejos y un chaleco de seda, dilapidado también. Otro le alargó un sombrero chueco de fieltro, y esto lo recibió con tal agrado que tuvo la virtud de borrar de la cara del viejo esa grave expresión que impone la etiqueta indígena. Sin más ni más se despojó de su vestido viejo —que en verdad no valía nada— y se puso la ropa usada que le habíamos dado. Cuando se caló el sombrero arqueológico se le dio de ipegüe un espejito, en el que por largo rato se miró asombrado y atónito, hasta que al fin soltó la lengua quedamente para ir alargando la palabra en crescendo: “¡Bue-e-e-no!” En su euforia quiso darme en pago todo su atuendo: vestido de cuero, manta, arco, aljaba y flechas, un saco recamado con perlas, el pañuelo rojo, y, en fin, todo lo que llevaba encima. Cuando le hice comprender que yo le había hecho el regalo sin esperar recompensa, abrió los brazos en toda su extensión y dijo que era un “capitán tan grande . . . !”*

Luego ordenó a toda su gente salir del campamento, pues que habiéndose él pertrechado lo suficiente, juzgó que también los demás estarían satisfechos. Montó de un salto en su caballo y, sin despedirse de nadie, partió sobre la pradera mirándose a cada rato en el espejo y tentándose incrédulamente el cuerpo.

* (Así en español).

CAPITULO VI

Continuación — Las tierras entre el Arkansas y el Cimarrón — Plantas y zonas de vegetación — Agua para beber y lavarse — Un asesino fugitivo visita nuestro campamento — Desertores de los fuertes del oeste — Configuración del terreno — La tarántula — Efectos de la refracción solar — Valle del Cimarrón — El río — Fenómenos atmosféricos — Rayería — Rebaños de antílopes — El cauce del Cimarrón se llena repentinamente — Cruce del río — Paisajes — El enebro — Montañas lejanas — Curiosidad de los antílopes — Rabbit's Ears — Grietas en la lava — El Round Mound — Estribaciones de las montañas del Ratón — Ciénagas y aves acuáticas — El río Canadian — El Cañón del Ocaté — Los Waggon Mounds — El Lago Salado — La mora — Colonización y agricultura — Una ciudad en proyecto — Día de asueto para hombres y animales — Línea divisoria entre el Misisipí y el río Grande.

Continuamos avanzando en dirección suroeste. Del río para allá el terreno se eleva en tierra de arena suelta, lo que hace muy fatigoso el viaje. El paisaje era desolado, con sólo una que otra mata zacatosa emergiendo de la arena, más unos cactus y girasoles. Poco a poco fuimos entrando en terreno más firme de barro arenoso y parejo con matas del zacate que comen los búfalos. A trechos aparecían sitios desérticos, o salpicaduras de asclepias de hojas grandes, euforbias blancas, artemisas grises, o los blancos capullos de aster, sin que faltaran las innumerables plantas de flores amarillas de la familia de las compuestas. La mayoría de estas plantas aparecen en grupos de las mismas especies, conforme a la peculiaridad del suelo en que crecen. Las depresiones del terreno, cubiertas a veces de agua, son de barro duro, muy planas, y en raras ocasiones su profundidad llega a dos pies. A su alrededor la tierra tiene pocos pies de altura, y en sus bordes crecen las mismas plantas que se ven en parches en la pradera. Esto es prueba de que las leyes regulan la distribución geográfica de las plantas en la escala más mínima, y las poco profundas pozas, algunas de las cuales apenas si tienen unos pocos pies de diámetro, pueden llamarse lagos en miniatura.

En este páramo se encuentra agua (pues de páramo puede calificarse el trecho que media entre los ríos Arkansas y Cimarrón) en una segunda forma: son pocitos en la arena que los viajeros llaman "cazuelas". Ya podrá el lector imaginarse que el agua no puede ser allí ni muy clara ni muy pura; y debo advertir que tanto en este viaje como en otro que hice después al interior del continente, hablo de agua pura como de una cosa muy rara. Cuando digo agua es por lo general un líquido salobre y lodoso, y por mucho tiempo bebí de una que no era lo suficientemente limpia para lavarme la cara. Fue en estas pozas lodosas del desierto que media entre el Arkansas y el Cimarrón, en donde por primera vez vi en ese viaje los patos salvajes, cuyo número aumentaba a medida que avanzábamos en dirección oeste.

Viajamos toda la noche y al amanecer acampamos a la orilla de una poza. Un viento helado soplaba del norte, y uno de los mayores se sintió afectado por dolores reumáticos tan fuertes que se vió obligado a dejar el trabajo. Le aconsejé bañarse en la poza y frotarse después fuertemente el cuerpo. El remedio fue eficaz. El viento cambió repentinamente de dirección, y sopló otro del sur que resultó muy sofocante; este cambio mareó a algunos y hasta los hizo vomitar. En este viaje comprobé que el viento del sur causa invariablemente efectos desagradables. Y al norte del Arkansas, cierta vez que soplaba ese viento caluroso, uno de los mayores, un alto y musculoso kentukiano de ojos azules, que caminaba a mi lado platicando conmigo, cayó redondito al suelo estremecido por convulsiones. Le hice una sangría y recuperó.

Estando a la orilla de la poza vimos venir adelante por la llanura a un hombre solo, a caballo; se apeó y nos pidió hospitalidad. Conversando con él confesó haber tirado a un hombre en Nuevo México, por lo que andaba huyendo. Hay que ser hombre de pelo en pecho para venirse solo desde Nuevo México a Misuri; éste traía su caballo y un revólver. Frecuentemente encontramos en el curso de nuestro viaje a desertores de los fuertes de Nuevo México, que venían a pie en viaje de centenares de millas, solos y sin armas. Algunos habían sobrevivido durante semanas comiendo sólo saltamontes, sapos y lagartijas. A esos les dábamos provisiones.

Cuanto más avanzábamos tanto más estéril se hacía la meseta y más duro se hacía el terreno que, hasta donde alcanzaba la vista, era una sola y perfecta planicie. Rodando sobre un trecho de arena suelta, llegamos a Sand Creek, pequeño río cuyo lecho estaba seco; al otro lado la tierra siguió siendo dura y pareja. Sobre la arena suelta yace siempre una capa de barro duro.

Aquí vi, por primera vez una de esas arañas de cuerpo grande y peludo que los mexicanos llaman tarántula, pero ésta es diferente de la tarántula europea. Se la encuentra en los desiertos entre Arkansas y California, y también en muchas partes de México; y este insecto, cuya sola vista es repulsiva, es con razón más temida que la cascabel. Tal vez su mordisco sea menos peligroso en los primeros momentos, pero sus consecuencias son

más difíciles de curar que el mordisco de aquella serpiente. Dos veces durante mis viajes por la América del Norte personas de nuestro grupo fueron mordidas por cascabeles, y en ambos casos tomaron como antídoto fuertes dosis de aguardiente; y se curaron. Uno de los mayores, por el contrario, me contó que su hermano perdió un ojo a causa del mordisco de una tarántula cerca de la sien, y que más tarde se volvió idiota.

Al tercer día de viaje, al atardecer, la refracción solar elevó en el horizonte la silueta de los montes allende el Cimarrón. Este efecto del estrato de aire desigualmente calentado suele producir fenómenos extraños en estas llanuras. Objetos que se ven en el horizonte se agrandan a tamaños gigantescos, y un rebaño de búfalos en el Arkansas me pareció un manchón de árboles.

Poco después divisamos el valle del Cimarrón. Los verdes pastizales, sin árboles ni arbustos, estaban cercados por ambos lados de lomas de piedra arenisca y conglomerados, la leve depresión del valle era en verdad un oasis en el desierto entre las alturas peladas de color gris-café de ambos lados de la meseta. El río —si es que merece nombre de tal— era en el punto a donde llegamos un pequeño arroyo de agua estancada y salobre corriendo entre carrizales y yerbajos. No obstante lo cual, en su ribera encontramos manantiales de agua dulce, los llamados “Lower Springs”, junto a los cuales acampamos.

Al anochecer los relámpagos iluminaron el cielo y negros nubarrones presagiaron lluvia, pero sólo unas gotas cayeron. Mientras montaba guardia, de nueve a once, vi una luz titilante en las lomas del lado norte del valle. Parecían sus temblores las reverberaciones de los espejismos, agitados suavemente por el viento. Aparecieron de pronto dos puntos brillantes, como estrellas, pero se apagaron; sin embargo, su aparición duró más de una hora. Todo el tiempo estuvo nublado el cielo, y este fenómeno lumínico apareció sobre un estrato de aire justamente a ras del suelo.

El camino corre por el lado norte del río. Pequeños cactus semiesféricos crecen en la cima de la meseta que es tierra dura, y se ven raquíticos manchones de yerba de diferentes especies. En la lejanía vimos dunas parecidas en su forma a los túmulos de nieve que los vientos europeos forjan en las cimas de los Alpes. Al bajar dimos con el río otra vez, pero nada de él había como no fueran unas pocas pozas de agua salobre entre montones de arena y unos cuantos carrizos. En algunas partes apenas si se veían huellas del lecho del río, pues la arena aventada por el viento lo había cubierto, y ya habían crecido yerbajos y carrizos en él. Parecía como si el agua no hubiera corrido allí por años, y tal vez así fuera. La arena tenía sales encima, las que, a juzgar por el sabor, eran una mezcla de sal común y sulfato de magnesia.

Al anochecer del 17 de Septiembre estábamos en las proximidades de Middle Springs, en momentos que se anunciaba una tormenta, y a las diez, al tiempo que se desataba, llegamos al punto en donde íbamos a

acampar. Aquello era una batahola con los mayores tratando de formar el corral de vagones, el desenganche de los animales en las tinieblas y entre el retumbo de los truenos, etc.

Apenas habíamos terminado de hacer esa tarea cuando desde el norte nos azotó el más terrífico huracán que presencié en las llanuras del continente norteamericano. La violencia del viento, que hizo tambalear los más pesados vagones, se burló de los vanos intentos que hacíamos para librar-nos del penetrante frío que traspasaba la chaqueta de doble forro de lana más dos frazadas de lo mismo en que me había arropado. Las mulas tiritaban y se apiñaban en busca de mutua protección; y mientras yo montaba guardia una de ellas se apretujaba contra mí tratando de librarse del furor del viento y del frío. Al mismo tiempo caían gruesas gotas de agua mezcladas con nieve, y la obscuridad era tal que sin poder ver nada a cada paso tropezábamos contra los vagones y los animales. Después de dos horas dejé mi puesto de guardia, tieso de frío y remojado hasta los huesos, y así tuve que pasar la noche dentro del carruaje arrebujado en mis ropas empapadas. Por esa experiencia mía y la de otros sé ahora que en la vida civilizada corren los más ridículos prejuicios acerca de las intemperies que el hombre puede soportar sin enfermarse.

El clima que predomina en las tierras del Cimarrón tiene mala fama. Fue allí en donde pocos años atrás más de cien mulas murieron en una sola noche de frío; eran de Mr. Speier, acaudalado comerciante de Chihuahua y Santa Fé. Los esqueletos que aún se ven allí son mudos testigos de esa tragedia.

Las fuentes de Middle Springs son de agua clara, y están en un valle rocoso, entre lomas de piedra arenisca y conglomerados. Más arriba la naturaleza geológica del valle central mejora un poco. El terreno, aunque arenoso, se hace más firme y está enyerbado. A cierta distancia, por el oeste, se ven las primeras montañas —altas mesetas de cimas completamente llanas— y por el sur hay varios valles pequeños desligados del valle central.

El 20 la caravana se atrasó porque los animales de tiro de un vagón se soliviantaron y rompieron el eje en momentos que al anochecer íbamos a cruzar el lecho seco del Cimarrón para vivaquear al otro lado. Nos quedamos en la banda norte. Al amanecer vimos que el cauce del río se había llenado repentinamente, lo que imposibilitó el paso. Tuvimos que esperar dos días a que bajara de nivel. Al tercer día, habiendo bajado un poco, pudimos vadearlo y llegar sanos y salvos a la ribera opuesta. Tal vez fue que debido al huracán había caído mucha nieve en las montañas del Ratón, y su repentino deshielo a causa del viento sur que más tarde sopló produjo la súbita llena del río; y esto ocurrió cuando hacía un tiempo espléndido y sin nubes siquiera en el cielo.

Aquí nuestros cazadores tiraron los primeros antílopes. Yo había visto dos desde muy lejos cuando llegamos por primera vez al Arkansas. Es

raro verlos en un lugar tan distante del este del país. Sin embargo, aquí andaban en manadas de veinte y hasta de treinta.

De las lomas del Cimarrón en adelante, las que dejamos el 23 de Septiembre, el nivel de las tierras se eleva más pronunciadamente que antes. Viajamos de Independence a Council Grove, a una altura media de 1,000 pies sobre el nivel del mar. Esta elevación, en nuestra ruta hacia el oeste, había subido a 1,500; cruzamos el Arkansas a unos 2,700, y el Cimarrón a 3,800 pies. Llegamos después a una meseta que se eleva de 5,000 a 6,000 pies, y hasta casi los 7,000.

En nuestra primera jornada por la banda sur del Cimarrón llegamos a las cercanías de Upper Springs. Aquí, en donde la piedra arenisca de formación jurásica comienza a verse en altas lomas rocosas, el terreno se vuelve más interesante. Subí hasta la cima rocosa de la primera loma, a la derecha del camino. En lo más alto encontré agua clara en cavidades de las rocas. En diversos lugares había parapetos de piedras, obra quizá de los pieles rojas para emboscar caravanas. El paisaje es un regalo a la vista: arriba un cielo sin nubes; lejanos ruidos misteriosos llegaron a mis oídos; allá en lo alto pasó una bandada de garzas en doble fila triangular, cosa que vimos con más frecuencia a medida que avanzábamos rumbo al oeste.

Upper Springs es un lugar que no carece de los atractivos que tienen las inmensas soledades. Entre las desnudas rocas de piedra arenisca, en las cuales se ven contadas matas de espadillo, hay un pequeño valle con salpicaduras de álamos y un arroyo que más adelante se seca. A través de la abertura que forma el valle la vista se tiende sobre una pradera que semejante a un océano se pierde en el horizonte del este. Aquí paramos a comer el almuerzo de mediodía. Reanudada la jornada vimos al atardecer muchos interesantes paisajes. Sobre el valle del Cimarrón superior, confinado entre terrazas rocosas, se ve hasta la meseta del lado opuesto, cuyas laderas están pringadas de rocas. Por el noroeste se dilata la vista sobre varias mesetas, prados, rectángulos, y bloques, cuya totalidad es una sola línea horizontal. Y allá en la lejanía se alzan picachos que sin duda son volcánicos, similares a los que días después viajando rumbo al suroeste pasamos en nuestro camino. Todo ese panorama, esmaltado de tintes rojizos, pardos, café-amarillento, violeta y azules, producía la más grata impresión.

En Cedar Spring, en donde se ven los primeros cedros-juníperos, de fragante madera, se distinguen por el noroeste los picos de las montañas del Ratón; y en dirección sudoeste los techos geológicos de Rabbit's Ears y Round Mound. Llegamos a una pequeña hondonada, en la cual, sobre el lecho seco de un arroyo, unos cuantos bejucos se enredaban entre pequeños álamos y sauces.

Me había adelantado a la caravana y estaba examinando algunas pequeñas plantas, cuando oí un ruido detrás de mí, y volviendo la cabeza

vi —a una distancia de cinco o seis pasos— dos antílopes que me miraban atentamente; pero antes de que pudiera echar mano a la escopeta que tenía al lado, las ágiles criaturas habían echado a correr como flechas. Sábese muy bien que el antílope es tan curioso como tímido; de la primera de estas cualidades se aprovecha el cazador, quien ata al cañón de su escopeta un trapo rojo haciéndolo ondear, y con frecuencia logra acercársele al animal lo suficiente para hacerle tiro.

Rabbit's Ears (orejas de conejo) son dos picos de roca basáltica que se alzan sobre una misma base. Pasamos dejándolos al otro lado de una profunda cañada que por muchas millas corta todo el grosor de la roca basáltica hasta llegar a un estrato subyacente de piedra arenisca. Sin haber advertido la cañada, sobre cuyos bordes sólo se veían las copas de unos cuantos enebros, iba cabalgando en dirección a la base de los dos picos —simple solevantamiento de la pradera— cuando de pronto vi a mis pies al abismo que corta toda comunicación con el otro lado. Esta cañada es prueba de que el solevantamiento de la tierra allí, que es la base de los picos, fue efecto de un trastorno geológico. Bien puede ser que estos conos hayan surgido en parte (como en el caso del Round Mound) por el solevantamiento de masas aventadas, al mismo tiempo que coladas de lava invadían los contornos del punto eruptivo.

Seguimos por un buen trecho paralelamente a la cañada hasta que su profundidad fue disminuyendo y pudimos pasar al otro lado. El terreno volvió a elevarse, y continuamos rumbo a Round Mount —otro cono basáltico— a cuya cima subí mientras la caravana acampaba en su base. Este pico descansa sobre una como ampolla que se alza sobre el nivel general de la pradera (semejante a la base del Rabbit's Ears), cuyo solevantamiento causó otra hendidura similar, lo que sólo pude ver desde la cima del pico. En torno a su base hay arena escoriácea roja, pequeñas piedras lávicas y piedras areniscas semiderretidas. Se eleva unos ochocientos pies sobre la pradera, y consiste de estratos superpuestos de lava. Las rocas de la cima estaban cubiertas de un espeso manto de líquenes amarillentos; en sus laderas hallé una pequeña y bonita planta liliácea, así como el primer espécimen de la "*Opuntia arborescens*", planta que en el norte de México es una de las características de la flora del país. En este pico forma gran parte de su vegetación una artemisa pequeña de tipo alpino, con grandes hojas afelpadas. En la cima y las laderas del pico crece la yerba típica de la pradera. Desde arriba contemplé un bello panorama. Hacia el noroeste veíase el chato pero bien conformado cerro de Fisher's Peak, viejo volcán éste, con pequeños conos truncados a sus pies, y detrás de ellos las cumbres nevadas de las Montañas Rocallosas. Hasta por aquí llegan los extremos meridionales de esta enorme cordillera, y el camino de Santa Fé pasa bordeándola. Listones negros corren paralelos al horizonte junto a los pies de lomas pequeñas. Sospecho que estos listones son pestañas de los filos abruptos de masas lávicas que yacen en modestas alturas asentadas sobre el nivel de la pradera.

El camino, después de cruzar varios valles pequeños, conduce alrededor de los extremos de las montañas del Ratón y sus estribaciones, que son hileras de picos desnudos con sus contrafuertes terraplenados. Las estribaciones se desprenden del centro, y entre sus radios surge la pradera dividida en secciones angulares. En el camino se ven fragmentos de piedra arenisca, y basáltica también, con señas ésta del fogaje volcánico. En la obscuridad pasamos Point Rocks, el punto más extremo de este grupo de montañas. Las muestras de piedras que recogí de noche en el camino resultaron ser diorita.

En esa zona el camino pasa sobre una eminencia plana de la meseta, con no menos de 6,500 pies de altura sobre el nivel del mar. De allí en adelante, hasta llegar al río Canadian o False Red River, vuelve el terreno a bajar hasta unos 900 pies. En la cima encontramos ciénagas pequeñas de poca profundidad con bordes orlados de carrizos; abundaban en ellas bandadas de gansos, patos y gallinitas de agua.

El 30 de Septiembre cruzamos el Canadian, que fluye con rapidez sobre un lecho de piedra arenisca. Nace en lo alto de las montañas, cuyos valles teníamos en frente. Dícese que algunos angloamericanos se han establecido allí atraídos por la excelencia de esas tierras. Más adelante el río se hunde en una cañada dentro de la cual cae también el Cañón del Ocaté.

Bordeamos esta profunda hendedura por su cabecera. La vista de este abismo, de farallones escarpados, es un espectáculo aterrador. En sus bordes crecen pinos. Este precipicio está en el centro de un yermo, y tanto se profundiza que no se alcanza a ver su sima. Es una de las más pavorosas escenas que jamás he visto.

Los Wagon Mounds, que pasamos más adelante, son picos volcánicos. Su formación geológica es semejante a la del Rabbit's Ears y Round Mount; pero presenta aquí, igual que en numerosos picachos rocosos, fisuras y profundas hondonadas hasta casi formar columnas que parecen de basalto. El viajero sube por terrenos calizos, con estrato superior basáltico. El estrato más bajo, en contacto con el calizo, es de tipo esquístico; más arriba se torna masoso. En la superficie de las laderas se ven parches de escoria color café.

Antes de llegar al pie de los montes se ve, a la derecha del camino, un semicírculo de la meseta limitado por un empinado declive de otra meseta más elevada que está cubierta de lava. En este como anfiteatro se halla un lagunajo de agua salobre, con forma de medialuna; su ribera convexa sigue la línea de la cuesta rocosa. La eflorescencia de este lagunajo, que cubre con una pátina blanca el fondo, parece ser principalmente soda.

Por el sur de la cumbre más alta se alarga una hilera de conos volcánicos con aguzados picos columnarios, lo cual da un aspecto más tétrico a la zona contigua que rayan depresiones geológicas del río Canadian pobladas de pinos.

Traspasada que hubimos una alta meseta combada de piedra caliza, cortada por los valles de piedra arenisca de los arroyos Wolf Creek y Duck Creek, bajamos al valle del Mora, pequeño río sobre el cual, al pie de la sierra, yace el pueblito neomexicano del mismo nombre. Justamente abajo, en el valle, están los primeros establecimientos neomexicanos, (la casa de Mr. Waters) y más allá del Fuerte Barclay se yergue la residencia que es también fortaleza privada de ese caballero, la cual defienden sirvientes neomexicanos que con él viven allí.

En el camino de Wagon Mounds para acá se ven, a la derecha, las primeras alturas cubiertas de pinos; en tanto que por la izquierda la vista se dilata sobre las hondonadas, y en esa forma se pasa de la parte alta a la baja de esas tierras.

Los angloamericanos llaman Moro al pequeño río a cuyo valle llegamos, y así también al pueblito. Pero su nombre es Mora, por lo del fruto del moral o la morera. Cerca de la casa de Mr. Waters, que por ser la primera vivienda del hombre civilizado después de muchos centenares de millas de tierras desérticas merece ser mencionada, se juntan dos pequeños ríos, uno de los cuales es el Mora; el otro es su tributario. A esto se debe que al lugar se le llame La Junta, o La Confluencia. Las tierras de esa zona y de aguas arriba de los ríos forman una espléndida planicie confinada entre montañas y cubierta parcialmente por pastizales naturales y maizales. Pertenecen las tierras a una compañía que proyecta fundar allí una ciudad, para lo cual es apropiado el lugar. Tal vez su único inconveniente sea la amenaza latente de los pieles rojas. Como una milla más allá de La Junta está el Fuerte Barclay, sobre el río Mora; éste es una empalizada cuadrangular que defienden dos cañones. Dije antes que el fuerte es una residencia particular. Nombres tales como Fuerte Barclay, Fuerte Bent, Fuerte Lyon, confunden a los geógrafos europeos, ya que, como digo, se trata de simples residencias particulares, pero fortificadas.

Adelante de La Junta el río Mora, después de dejar la planicie, se interna en un valle en parte bordeado de rocas, el que más abajo se ahonda y estrecha hasta convertirse en canal, el cual lleva las aguas claras del Mora al río Canadian.

Descansamos allí un día para darle un respiro a las mulas. Les dimos maíz que comieron con gran deleite después de venir alimentándose de sólo el marchito zacate de la pradera, y a pesar de lo mucho que habían trabajado y sufrido por la falta de buen forraje, no se nos murió una sola. Nuestra gente aprovechó también el día de asueto para solazarse a sus anchas; unos se emborracharon y se dieron a pelear; otros se fueron por ahí y no regresaron sino hasta la mañana siguiente. Supimos después que en esa localidad, recién conquistada al yermo por el hombre, residían unas chicas mexicanas amigas de hacer favores a los que pasaban por allí. Habitaban ellas unas cabañas dispersas entre recodos. Se me dijo que en esta parte del país hasta los grandes establecimientos, dedicados a este

tráfico, tienen conexiones con ciertos poblados. De modo pues que, en la frontera oeste del gran desierto norteamericano, se encuentra algo semejante a las estaciones de las caravanas del Africa.

Por otra parte, nos fue grato llegar a la frontera de la civilización, y ser testigos del coraje con que se ha emprendido la colonización del continente. Las nuevas obras de riego, para lo cual han utilizado las aguas del río (en todo Nuevo México esto es la base de la agricultura), y los maizales y demás sembrados producen agradable impresión. Tal vez sólo quien no haya visto esto es incapaz de apreciar lo que se ve después de pasarse uno tanto tiempo cruzando tan grandes soledades. Las casas de este incipiente pueblito son de adobe, con techos planos, al estilo mexicano, lo que transporta al viajero, aun estando en territorio estadounidense, a un mundo completamente distinto. Y efectivamente, todo Nuevo México tiene, y tendrá siempre, carácter muy diferente al espíritu de Estados Unidos.

El 5 de Octubre llegamos a Las Vegas, miserable villorrio enclavado en un valle que corre de norte a sur, al pie de la montaña de piedra arenisca mencionada en el capítulo anterior. Este valle está a unos seis o siete mil pies de altura sobre el nivel del mar. Aquí se cultivan maíz y trigo. Su población consta de unos pocos mexicanos; hay también algunos tenderos, taberneros y especuladores angloamericanos que habitan las casas menos destartaladas. Todas son de adobe, y casi todas de un solo cuarto con una ventanita. Sobre sus paredes se tienden vigas sin cepillar y más encima un techo plano. Si enjalbegan los bordes interiores de la ventanita se considera eso un lujo, y aun esto es muy raro allí. Es difícil imaginarse el desastroso aspecto de un poblado de la frontera neomexicana. Y cuando, además, se piensa en un aislamiento que es todavía mayor que el de las grandes islas del Pacífico, así como en la perenne inseguridad de la vida y la propiedad por temor a los pieles rojas, el lector podrá hacerse cargo de cómo será allí la vida de un hombre que antes ha vivido en una ciudad civilizada. Mas con todo, su posición en el camino de Santa Fé es muy a propósito, y algunos extranjeros afincados allí han sabido aprovecharla. Un alemán dejó al morir una fortuna considerable, que fue causa de un juicio por la herencia. Después de recorrer quince millas más, habiendo pasado el desfiladero rocoso de una sierra de piedra arenisca, arribamos al lado occidental, y allí pernoctamos para pasar la noche en un valle sin agua, entre sierras de piedra arenisca, pringadas de pinos y enebros.

CAPITULO VII

Continuación — Viaje a lo largo del borde de la meseta del lado oriental del río Grande — Los valles del Pecos superior — Configuración de la zona — Crianza de ovejas — La ley de la caravana — Mexicanos al servicio de angloamericanos — Antón Chico — Noches frías — Rara hospitalidad y su recompensa — Meseta de las Manzanas — Panorama — Ruinas y desfiladero del Cuarrá — Calandrias, urracas y margaritas de Nuevo México — Bajando al valle — Vista desde la cumbre — Vegetación arbórea en las proximidades del río — Aves acuáticas — La Joyita.

La región del Pecos superior, a la que habíamos entrado por el desfiladero de Las Vegas, es una sucesión de valles y estrechas cañadas, entre montañas de piedra arenisca, y montañas más grandes que cortan los valles. Una selva rala poblada de pinos y enebros, con un sotobosque de robles enanos, se dilata sobre las lomas y los valles, salpicada de pastizales. También se ven entre árboles y arbustos, matas de espadillo, las pequeñas "*Opuntia arborescens*", las blancas y floridas aster, las delicadas "flox carmesi", y otras plantas en floración.

En esta parte de Nuevo México, y en otras zonas del territorio es también corriente ver rebaños de ovejas con pastores que las cuidan armados de arcos y flechas. Por la noche las llevan al redil en previsión de un ataque de los lobos; pero cuando quiera que a los pieles rojas se les antoja comerse un buen asado de cordero, pastores y rebaños pasan a mejor vida. Compramos unas cuantas ovejas a razón de dólar y medio por cabeza. No se multiplican en abundancia. No me atrevo a juzgar la calidad de la lana, pero sí puedo decir que la carne es excelente.

Durante una de las noches que pasamos en esta zona se desató una tormenta y llovió bastante, y en la mañana el guardia en turno informó que en el corral faltaba uno de los mejores caballos, y que también uno de los muleros mexicanos había desaparecido, por lo que se sospechó fuese él el ladrón del animal. Gracias a la lluvia de la noche podíamos seguir las huellas dejadas por el caballo. Se dictaron las medidas pertinentes para salir en busca del desertor que, según luego se descubrió, también había

roto las cerraduras de algunos cajones de sus compañeros llevándose el contenido. Las más cercanas viviendas distaban de allí un día de camino, muy cerca ya del pueblito de Antón Chico, pero el ladrón, a fin de sentirse a salvo, había tomado el camino de Las Vegas, a donde el día siguiente llegamos y recuperamos el caballo, aunque casi aniquilado a causa de un incesante galope de cuarenta o cincuenta millas. No pudimos capturar al caco; quien había vendido la bestia por cinco dólares y una frazada, siendo su valor de varios centenares de dólares.

Mientras nos ocupábamos en la persecución del ladrón, los de la caravana cogieron al muchacho mexicano aquel de la estampida nocturna de las mulas en el Arkansas que fue arrastrado por la yegua madrina, pues se sospechó que fuera cómplice del robo del caballo, ya que a la hora en que ocurrió él estaba de guardia en el corral. Y eso bastó para que los angloamericanos lo maltrataran de obra; esa era la forma corriente de tratar a esa pobre gente. Sufrí lo indecible cuando vi al muchacho amarrado con los brazos en cruz a la rueda de un vagón; pero yo no podía hacer nada para evitar aquello, y cuando vi a un robusto mayoral americano avanzar llevando un grueso látigo, me aparté de allí para no presenciar lo que iba a suceder. Pero sí oí que se le conminaba a confesar su complicidad, y también oí repetidas protestas de inocencia. Y luego el látigo descendió con fuerza. “¡Por el amor de Dios, no me pegue, señor!” “¡Habla, confiesa!” Y el látigo cayó por segunda vez. “¡Por la vida de su madre, señor, no me pegue!” “¡Habla, confiesa!” Y un tercer latigazo. “¡Por los lindos ojos de su esposa! ¡Ay...! Bueno, voy a confesar!” El muchacho dijo que el ladrón lo había amenazado con matarlo si lo denunciaba, y que había tenido que dejarlo salir con el caballo mientras él montaba guardia; pero que no sabía nada más. Y la tortura cesó.

Cosas así suceden con frecuencia en los viajes de esas caravanas de trajinantes que emplean peones mexicanos, y esta sufrida gente no goza de protección legal contra el maltrato de los angloamericanos. Los mayordomos de las caravanas los someten a muy crueles castigos, y eso que ni las leyes de los Estados Unidos ni las de México lo autorizan. Por otra parte, el más leve intento de hacer algo semejante contra un angloamericano que se hubiese comprometido a viajar en las mismas condiciones que un mexicano, le costaría la vida al sayón. Y no será sino hasta que los mexicanos arriesguen su vida en defensa de su honor y libertad, que esos vejámenes habrán de cesar. Todo aquel que pueda reclamar sus derechos será siempre respetado por los angloamericanos; pero ¡ay! de los pobres que no puedan defenderse. El consenso de la opinión pública americana sólo reconoce derechos al hombre que tiene fuerza para sostenerlos. Muchas son las buenas cualidades que tiene el angloamericano, pero le falta una de las más esenciales que adornan al hombre, y esta es la magnanimidad para con el débil.

El pueblito de Antón Chico tiene la misma calamitosa apariencia de Las Vegas, pero si se mira desde el camino su estampa es aún peor. Las alturas rocosas de los alrededores, consteladas por uno que otro enebro

achaparrado, le dan un aspecto desolado y triste; y las dilapidadas paredes de adobe, contra las cuales, envuelto en su sarape se ve por aquí y por allá recostado a un hombre, desentumiendo al sol sus miembros, y grupos de mujeres y niños sentados en el suelo, forman un cuadro fiel de lo misérrimo que es el norte de México.

Media milla más allá cruzamos el Pecos, pequeño río lodoso, al otro lado del cual el camino sube por el terreno arenisco del valle a una loma de piedra caliza, en la que hallamos agua de lluvia en cavidades de las rocas. Picos, enebros y robles enanos pueblan los contornos. Alargándose hacia el noroeste, un valle seco y rocoso llamado Cañón Blanco pasa del valle de Pecos por entre una meseta de piedra arenisca blanca de formación jurásica, la cual separa el río Pecos del río Grande. El camino de Antón Chico a Albuquerque, pasa por Galisteo; y tomamos esa ruta con el propósito de torcer, después de un rato, hacia la meseta en dirección al sur. El valle es una selva de pinos y enebros comprendido entre rocas areniscas. Aquí nos vimos obligados a pasar la noche, sin poder hallar agua para los animales; lo poco que teníamos para nuestro consumo personal apenas bastó para hacer el café.

De Antón Chico nos vino siguiendo un hombre a pie, que al fin se acercó a las fogatas para pedirnos le dejáramos pasar la noche bajo nuestra protección, pues nos dijo que tenía miedo de dormir a campo raso en esa zona. La noche era muy fría y el tipo ese apenas si vestía lo suficiente para medio cubrirse. Algunos se opusieron temiendo pudiera ser miembro de una banda de ladrones que tuvieran el plan de asaltar la caravana, o que se llevara en la noche una de las bestias. Así que, a fin de protegernos de él, le pusimos como condición dejarse amarrar a la rueda de un vagón. El hombre consintió. Los muleros trajeron mecates, y, entre bromas y veras de toda especie, ataron a su paisano. Por supuesto que se le amarró de modo que tuviera cierto confort. Le arreglaron una cama calentita, le dieron tortilla y frijoles, y también café caliente, le echaron una manta encima, y allí le dejaron hasta la mañana siguiente que fue desatado.

No sabemos qué pudo haber pensado ese hombre de semejante clase de hospitalidad, pero la cosa es que no volvió a apelar a nuestra singular generosidad. La noche siguiente dormimos en la pura pradera, con los mismos enebros por compañía. Y estaba yo montando guardia en esa noche de luna, recostado en el cañón de mi escopeta, cuando de pronto oí un tiro y al mismo tiempo gritos de "¡Ladrón, ladrón!" Inmediatamente se dieron a perseguirlo entre los matorrales vecinos, y se oyeron otros tiros; pero ni los disparos ni la búsqueda dio ningún resultado. Un par de botas de los muleros desapareció del lado de su cama, pero en la mañana las encontraron en la yerba no lejos de allí. Todo mundo le echó la culpa al hombre a quien habíamos dado hospedaje la noche anterior. No puedo decir si fue en desquite por la clase de hospitalidad que le dimos, o simplemente porque tenía necesidad de las botas, que el hombre nos siguió a pie desde Antón Chico: una travesía de setenta a ochenta millas.

El Cañón Blanco se estrecha hacia el oeste hasta formar un angostísimo desfiladero que llaman Cañón del Toro, por el cual se llega a Galisteo y Albuquerque. Aquí torcimos hacia el sur sobre una meseta de fácil ascenso, en cuya cima no había un solo árbol. Desde una pradera llana la vista se explaya sobre los valles boscosos del Pecos circundados de rocas areniscas, pertenecientes ya al río Grande, en tanto que a lo lejos, detrás de las cercanías de Santa Fé, se alzan los nevados picos de Mora y del Taos.

Pernoctamos junto a una lagunita de agua potable. Hacía tanto frío allí que mi frazada y barba amanecieron escarchadas.

La meseta que atravesamos, situada entre el Pecos y el río Grande, tiene por el oeste, a lo largo del río Grande, una hilera de grupos separados de picos parecidos por sus formas a los Alpes, entre los cuales hay desfiladeros que desembocan en el valle. Son ellos los cerros del Placer, del Manzanas y del Sandillas, más otros cuyos nombres no logré averiguar; al pie de todos crecen enebros. A cierta distancia se ven esos montes surgir de la meseta como si fueran acantilados escarpados de un litoral. Por el otro lado declives escabrosos caen sobre valles más bajos.

Nuestro viaje a través de esta meseta, a la que llamaré Meseta de las Manzanas, fue en dirección al sur, con un ligero desvío hacia el oeste. Por cierta distancia seguimos avanzando a lo largo de los mencionados grupos de cerros, hasta que al fin enderezamos hacia el valle del río Grande, cruzando el paso del Cuarrá. Desde el Cañón Blanco habíamos seguido una senda no frecuentada de la pradera, con borrosas huellas de vagones hasta llegar a un camino que, dejando Chilili, Manzanas y otros pequeños poblados del pie del costado derecho de los cerros, sale de Galisteo a Cuarrá, y, ya bajo dominio mexicano, lleva probablemente por el sur hasta el misterioso Gran Quivira. Esos lugares están situados en tierras amenas, entre las boscosas estribaciones de las montañas, y sobre corrientes de aguas claras, las que, no obstante, desaparecen pronto en la pradera. Esta es más alta por el norte, en el Cañón Blanco; desciende hacia el sur, y el terreno cambia de su formación jurásica a una de piedra arenisca roja de más reciente formación. Se camina sobre arena suelta, cubierta en partes por eflorescencias salinas, y quenopodiáceos grises, junto con parches de jugosas varillas, de la familia de las papilionáceas.

El camino pasa junto a una poza de agua lodosa, salobre y hedionda. Más adelante llegamos a Ojo de Verendo, manantial de agua clara y potable que nace al pie de un barranco de piedra caliza que cubre la arena; se empoza en un cuenco de al lado. Este estrato de piedra caliza se extiende desde la base del cerro Manzanas hasta este lugar, donde termina. Un poco más allá encontramos un surtidor similar. Aquí hicimos alto y tiramos para el almuerzo unas cuantas agachadizas; pero nos fue imposible tirar un ave grande como un ibis que volando de un lado para otro de la poza no nos dejó hacerle tiro. Era de color blanco, con alas negras y pico largo y corvo; croaba y volaba igual que el chorlito.

Al este de la ruta que llevábamos vimos, bastante lejos, una pendiente arenosa que, iluminada por el sol, parecía un alto muro rocoso con pringues abigarrados. En esa misma dirección hay una laguna de agua salobre, tal vez al pie de la cuesta, en la cual, en ciertas épocas del año, caen las aguas de los ríos Chílili, Manzanas y Cuarrá. Al anochecer, desvanecidos los efectos de la refracción, el crepúsculo tiñó de mágicos colores el desierto. Bajo el cielo carmesí del este, las alturas de la mencionada pendiente tomaron formas pintorescas, y tintes rojos, lilas y azules las arroparon. De frente, franjas verdes y amarillas bañaban la pradera, mientras que más cerca —con oscuros chaparrales dispersos— tenía la apariencia de una alfombra de fantásticos diseños.

Cruzamos el río Manzanas con lecho de brillante pizarra micácea, y a juzgar por los bloques fragmentados y la anchura de su lecho, casi seco al pasar nosotros, debe a veces acarrear un gran caudal. El camino nos llevó en seguida a un valle ascendente entre montañas de piedra arenisca, que proyectándose hacia el este se alza sobre el nivel de la pradera. Las montañas parecen formar parte de la cumbre de la meseta. Unos cuantos álamos de hojas largas crecían en la ribera de un arroyo de aguas claras que por una planicie bastante inclinada desciende sobre el valle. Vimos maizales cuyo grano recolectaban los peones; y de pronto aparecieron frente a mí, en el centro del valle, unos altos y viejos muros de piedra arenisca de color café entre elevados álamos y pinos, con una montañita al fondo. Eran las ruinas de Cuarrá, poblado sin duda de origen cristiano, aunque, como muchos otros de Nuevo México, atribuido a los indios. Son los muros de una iglesia construida con piedra arenisca y sin mezcla. Los operarios fueron seguramente indios, pero los arquitectos, misioneros españoles que deben haber tenido en mente el estilo bizantino cuando diseñaron los planos de la iglesia. Las ruinas tienen muy poco interés histórico. Es muy probable que la iglesia, junto con otros edificios de alguna floreciente misión —cuyos muros dan fé de ello todavía— fueran todos destruidos durante la gran insurrección de los indios, cuando los españoles, después de su primer poblamiento de Nuevo México, fueron echados del territorio. No lejos de Cuarrá están también las ruinas de Avó, poblado que se dice fue aún mayor que Cuarrá, y seguramente con la misma historia.

Cuarrá está muy bien situado. Parece haberse uno trasladado a un rincón de las montañas de Alemania, y encontrarse frente a las ruinas del viejo castillo de un señor feudal; hasta que, fijándose bien, nos damos cuenta de que estamos en la tierra del cacto y de los pieles rojas, y de que no es tal castillo sino una iglesia.

Cuarrá tiene categoría de pueblo, pero su población se limita a unas pocas familias que habitan las ruinas. El pueblo que nació entre las ruinas después de haber sido destruida la misión, evidentemente nunca tuvo muchos habitantes, pues que de otro modo habría vestigios de un segundo período. Los que actualmente viven allí cultivan maíz y calabazas, y crían además unos cuantos animales domésticos.

De allí mismo el camino penetra en un valle boscoso, entre altas sierras de piedra arenisca y detrás de ellas se alzan otras más altas aún de piedra caliza, y debajo de todo yace un substrato de piedra caliza. El paisaje cambia totalmente a la entrada de este valle. En partes de él pasamos por en medio de una selva de esbeltos pinos; en otras, entre un bosque ralo de pinos y enebros. Estos últimos son muy gallardos. Igual que otras especies de enebros y de ciertos "taxodioce", el enebro de esta región crece en gran variedad de formas, según sea su edad y habitat. Sin embargo, el ciprés permanece fiel a su fisonomía. Pero el lector no debe pensar en las formas atormentadas del "*Juniperus virginiana*", que desfigura tantos paisajes del territorio estadounidense. En este bosque emergen rocas de piedra arenisca, que a veces parecen muros con almenas y troneras. Tras un viaje ininterrumpido de un día entero rodando en declive, pudimos darnos cuenta de la gran altura de esta meseta, siendo su punto más elevado de poco menos de 7,000 pies.²⁴ Sobre una especie de terraplén, en donde la piedra arenisca yace sobre la piedra caliza, llegamos a la fuente de un arroyo salobre y alcalino que corre por cierta distancia entre la yerba, de una poza a otra, hasta que por el oeste cae en una estrecha y profunda cañada, y por ésta va a parar al valle del río Grande. La piedra caliza de esta quebrada da entrada a varias cavernas. El arroyo se llama Salado, porque sus aguas lo son. Mientras deambulaba por los alrededores del campamento, me sorprendió oír la garrulería de una urraca en las ramas de un árbol. Era muy semejante a la urraca europea, pero más pequeña. Es interesante cómo un detalle tan mínimo como ese puede impresionar a un forastero, y llevarlo de vuelta a su lejano hogar. Vi también una calandria cuyo canto me recordó a la alondra europea. El canto de un pájaro revela su género y familia, que siendo el mismo en remotos países, y puede uno reconocer aún estando lejos.²⁵ Igual cosa puede decirse de su vuelo, pero con menos exactitud. Me sorprendió también encontrar allí una florcita, la pequeña "Pellis", muy parecida a la "*Pellis perennis*", que es la margarita alemana. Esta florcita blanca tiene en el envés el mismo color rojo, y también puntos carmesí. Y por primera vez vi allí un lindo carpintero probablemente el "*Picus badioides*", el mismo que después vi con frecuencia en el río Grande. Dos caminos parten de aquí al valle del río Grande: uno sale por la izquierda del desfiladero del Salado, el otro por la derecha. Debido a que el primero parece impasable, escogimos el segundo que nos llevó directamente a una sierra de piedra caliza, en uno de cuyos pasos pernoctamos, y al día siguiente yendo por él bajamos al valle; este es un camino desigual y pedregoso, que no deja de ser arriesgado para los vagones. La tierra caliza de este pequeño grupo de montañas tal vez sea de formación gredosa que conforme a las observaciones de Marcou ocupa una estrecha franja del río Grande.

²⁴ Seguramente ya han sido medidas las alturas del Manzanos y del Cuarrá, puesto que algunos oficiales del ejército de Estados Unidos hicieron estudios topográficos de esta parte del país. No obstante, yo no los conozco. En esta sección del país, el río Grande está a 8,800 pies sobre el nivel del mar.

²⁵ Un famoso naturalista y etnólogo me dijo con justa razón que este hecho advierte que de la afinidad de las lenguas no deben sacarse conclusiones demasiado generales para la unidad de la raza humana.

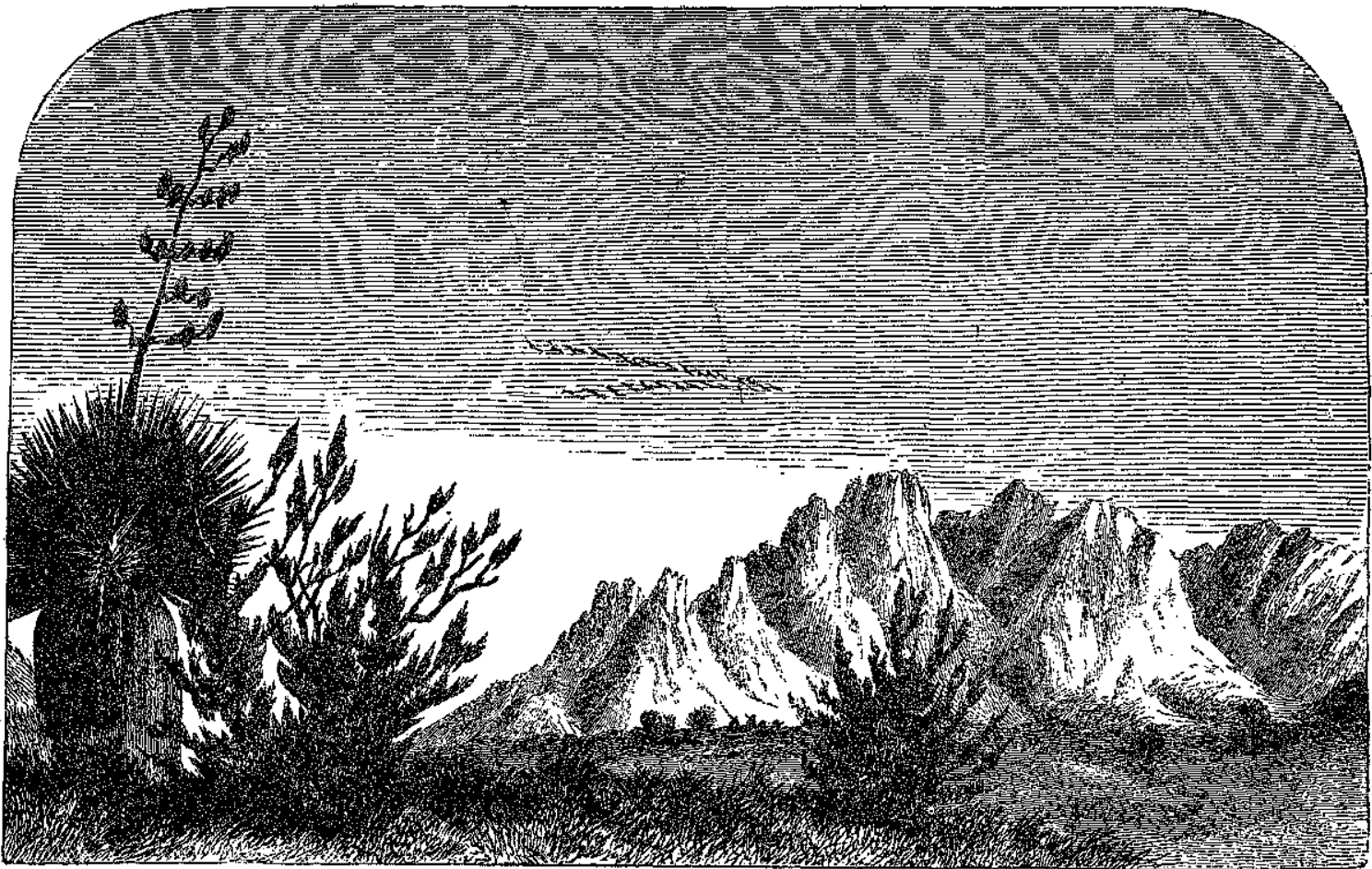
Al anochecer del 16 de Octubre llegamos al oeste del pie de la sierra. Habíamos arribado al Mora el 3, después de trece días de viaje a lo largo de la meseta, la que por el este bordea el valle del río Grande, habiendo al mismo tiempo pasado por los poblados más orientales de Nuevo México.

Y, sin embargo, no habíamos llegado todavía al propio valle inferior, sino únicamente a uno de esos planos inclinados de deyecciones geológicas que bajan, en todas las partes anchas del valle del río Grande, del pie de las montañas, o de las mesetas adyacentes, junto al río, que aquí se desprenden —con un borde escarpado— acuchilladas por pequeñas grietas y hondonadas. La tierra de estas escarpadas terrazas laterales, consiste de estratos aluviales de arena, barro y cantos rodados. En esta zona escasea mucho el agua, salvo por la que cae a raros intervalos, y sólo durante tres meses del año; crecen en ella varias especies de yerba, en manchones aislados, tales como la artemisa y las quenopodiáceas, algarrobas, larreas, fouquieras, así como también otras plantas de matorrales con o sin hojas, variedad de opuntias y algunas especies de "Jucca", grandes y enanas. Las terrazas laterales ocupan la mayor parte del valle, de modo que la tierra cultivada se limita a una estrecha franja, y hasta ésta tiene fallas en las partes estrechas del valle. Y es por eso que, de todo lo que es el valle, sólo en las márgenes del río Grande crecen árboles. Cierta clase de álamos, bajos y coposos, se ven en grupos y pequeñas manchas boscosas, y algunos cauces orlan las márgenes del río. El valle, en otro respecto es, desde un cerro a otro, como una escudilla en el desierto.

Me formé una idea clara de este panorama mientras subía un pequeño cerro aislado de origen volcánico que se yergue sobre un terreno aluvial del este de la terraza. Su parte más baja está formada por lava traquítica, densa y gris; la más alta, por una lava más oscura y basáltica o dolerítica, que se hace más y más porosa y esponjosa a medida que se va subiendo, hasta que, en la cumbre, aparece en terrenos negros unos encima de otros, perforados, carcomidos, mellados, retorcidos y arriñonados, como escoria no completamente petrificada. El terreno contiene desde la base a la cima numerosas concreciones de calcedonias lechosas, a veces hialíticas, trocitos de todo lo cual yacen dispersos en el suelo. La vista desde la cima de este cerro es magnífica, y muy peculiar. Por donde quiera que se mire de esta vasta llanura se ven en la distancia algunos conjuntos de cerros de laderas desnudas y rugosas que descienden al valle, y de allí, en declive de deyecciones geológicas, arropadas en un gris monótono y pelado, bajan al río cuyo curso indican algunos álamos de sus riberas.

En su cima vi los primeros matorrales de "*Larrea mexicana*", planta que, más al sur, forma parte importante de la vegetación de las llanuras de Texas hasta el Gila inferior, y es la que predomina también en el río Grande, sólo que más al sur. Es interesante, al acercarse a la extensa zona de ciertas plantas, verlas aparecer primero en la cumbre de montañas aisladas, y especialmente cuando, como aquí, su habitat es más al sur. Esta observación también se aplica a la "*Opuntia arborescens*", cuyos primeros árboles pequeños encontré en la cumbre del Round Mount.

Llegamos al río cerca de un caserío llamado, según creo, Nutrias, y fue hasta allí que volvimos a ver una corriente grande de agua. Se les dio de beber a las sedientas bestias, y todo aquel que disponía de tiempo corrió a bañarse. Las arenas movedizas de las riberas estaban cundidas de gansos, garzas y patos, que no nos dejaron acercarse para tirarlos. Al día siguiente pasamos por un lugar bellamente situado que se llama La Joya, y acampamos cerca de La Joyita para vivaquear allí.



Sierra de los Organos.—Libro II, Cap. 8.

Digitizado por:

ENRIQUE BOLAÑOS
www.enriquebolanos.org